

Ante los ojos del cielo
Rachid Benzine
novela
edhasa

ANTE LOS OJOS DEL CIELO

RACHID BENZINE

Traducción de Lucía Dorín



“Una novela atrevida, feminista y política”.

LE POINT

“Un texto hermoso que examina la intimidad y la sociedad. Un electrón libre en un mundo efervescente. ¡Un texto esencial!”.

CULTURE 31

Una mujer toma la palabra. Es árabe, se llama Nur, es hija de una prostituta, es prostituta ella también y se ha prometido que su hija no lo será. En su país se vive el apogeo de la llamada Primavera Árabe, aquel movimiento que en 2011 clamó por la libertad. Toma la palabra para desafiar al mundo. En ella y en su pareja, un poeta gay que también vende su cuerpo, están inscritas todas las luchas, los recuerdos dolorosos, las esperanzas, los avances y retrocesos de una sociedad autoritaria y machista que los condena a la marginalidad y que ejerce de manera natural la violencia. Su voz es un grito de guerra a la dominación, a través de su mirada vemos reflejadas otras vidas que aspiran a lo mismo: respeto, dignidad, igualdad.

Con una escritura intensa, con el indómito espíritu de la rebelión pacífica, *Ante los ojos del cielo* es un alegato contra la opresión y la injusticia. La acción en un país árabe; podría suceder, con apenas pocos cambios, en muchos de América Latina. Rachid Benzine, que deslumbró con la prosa íntima de *Así hablaba mi madre*, su novela anterior, demuestra que también es un maestro para retratar las inclemencias sociales y políticas del presente. En ambos libros, hay al menos dos rasgos en común: personajes inolvidables, sensibilidad poética.

Benzine, Rachid
Ante los ojos del cielo / Rachid Benzine. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2022.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-628-680-0

1. Ensayo Económico. I. Bigongiari, Diego, trad. II. Título.
CDD 330.01

Título original: *Dans Les Yeux Du Ciel*

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Edición en formato digital: mayo de 2022

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d’aide à la publication Victoria Ocampo, a bénéficié du soutien de l’Institut français d’Argentine.
Esta obra, publicada en el marco del Programa de ayuda a la publicación Victoria Ocampo,

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar
http://www.edhasa.com.ar

Avda. Diagonal, 519-521, C08029, Barcelona

E-mail: info@edhasa.es
http://www.edhasa.es

ISBN 978-987-628-680-0

Conversión a formato digital: Libresque

¡Gritaré en mi soledad,
no para despertar a los que duermen
sino para que mi grito me despierte
de mi imaginación cautiva!

Mahmud Darwish, *Estado de sitio*[1]

1

No hay Romeo bajo mi ventana. No soy Julieta.

Bajo mi ventana, hay miles de personas que salieron a la calle para protestar. Hoy, también ayer. Desde hace semanas la misma canción. Nuevos días, nuevas matanzas. La tercera inmolación del mes. Con el precio de la gasolina, suicidarse no es barato. Esta vez, un periodista. La otra vez, un comerciante de pescado. Antes, un estudiante. Mañana, una adolescente violada, abandonada por su familia. Todos a imagen de nuestra sociedad.

Sin embargo, quiero tanto a mi país. A su gente. Grandilocuente, perdida en sus certezas, ignorante pero generosa hasta el olvido de sus propios deseos. Un país, su gente. Herida. Herida, pero viva. Y mucho más viva desde que llegó la revolución. La nuestra. La de todas las esperanzas.

Cada cual tiene la suya. Su sueño. Su sed. Que empuja a creer. En el mañana.

Y en medio de todo eso, yo.

Me llamo Nur. En casa, somos prostitutas de madre en hija. Mejor dicho, desde hace dos generaciones. Nada que alardear de un arte ancestral. Pero deja marcas. En el cuerpo. En la piel. Por dentro, en alguna parte. Algo que algunos llaman el “alma”. Tal vez es eso. No sé mucho. En todo caso, una amargura, al pensar en eso, que dan ganas de vomitar. De terminar con eso. Así, de un chasquido de dedos. Desaparecer. Un último vuelo hecho desde lo alto de un minarete. Bajo las ruedas de un tanque. Ya no ser más que papilla. Un charco de carne, de mierda, de sangre. Imaginarse así. Una imagen mucho más asquerosa que la que nos devuelven las personas con las que nos cruzamos. Porque la imagen que tenemos de nosotras mismas no la podemos disimular. El maquillaje puede engañar. Una misma no se engaña. Con o sin base de maquillaje, con o sin lápiz labial, con o sin rubor, nuestro espejo interior refleja exactamente quiénes somos. Ni la hipocresía ni los halagos se reflejan ahí.

Heredé las curvas de mi madre. Su porte altanero. No sé si ella hubiera podido ser algo distinto que puta. Princesa, tal vez. Nunca nadie le ofreció zapatillas de cristal.[2] Solamente medias. Ligas.

Corpiños. *Baby dolls*. Jarreteras. Tangas. Corsés. Para humillarla. Cada día un poco más.

Se daban vuelta a su paso. Los hombres, para insultarla. Las mujeres, para maldecirla. Los hombres, por deseo. Las mujeres, por celos. Un cuerpo de mujer, incluso el más hermoso del mundo, es una fortaleza asediada. Ya sea que esté limitado en una vestimenta de pudor patológico o revelado por un *deshabillé* sugestivo. Los hombres lo redujeron a eso. Una cárcel que encierra nuestros deseos, nuestras pasiones, nuestra fragilidad. La que encierra nuestra inteligencia, nuestra sensibilidad, nuestra creatividad. Que encierra nuestra vergüenza. Tan a menudo.

Desde que nació, mi madre sufrió un castigo doble: ser bella y ser pobre. Y todo eso en un país que sufre a su vez una doble maldición: ser pobre y ser colonizado. Eso transforma un porvenir en destino. Un destino bien trazado. Algunos dicen por Dios. Otros por Satanás. Más trivialmente, por la Historia, los cambios económicos o sociales. Parece complicado, pero se resume en la siguiente mecánica: sin dinero, sin relaciones, sin palanca… Solo quedan los clientes. Clientes que prometen un empleo. Uno de verdad. Donde no tendrás que desviar la mirada. Donde podrás observarte en un espejo sin excomulgarte. Para mi madre, las promesas de pequeños trabajos se detenían en la entrevista laboral. Una mano perversa buscando en su ropa interior. Regresándola invariablemente a la actividad sórdida que le hacía ganar el pan. Que me alimentó durante todos estos años.

Pero mi madre tenía un proyecto que le mantenía la cabeza a flote. Yo. Su hija. Y un único objetivo: “Mi hija nunca será puta”. Pero no habrá tenido tiempo de transformar mi destino en porvenir. Sin embargo, hizo lo mejor que pudo brindando sus servicios a dos generaciones de militares. No escatimó ni en las horas suplementarias ni en las fantasías que le imponían. Siempre y cuando pudiera alimentarme, pagar mi educación en una escuela privada, aunque fuera modesta. Que me prometía otra vida.

Mi madre era una puta de guarnición. No es una expresión. Es lo que era. No existe ningún cuartel sin prostíbulo. “Un buen puesto”, estimaba ella. Una pequeña ganancia por cliente, pero todo un cuartel de clientes. Una vivienda lúgubre pero limpia. Y un servicio sanitario garantizado por el Estado.

Las primeras en el frente, las colegas de mi madre, mucho más grandes, ni siquiera sabían si tenían sexo con franceses o con ingleses. Polvo tras polvo, poco importaba la bandera. De a batallones enteros, armados hasta los dientes, esos gloriosos soldados debían traernos su civilización liberadora y deslumbrante. Esas chicas, esas mujeres, esas señoras no habrán conocido más que el sudor ávido y el gusto agrio de las perversidades de los unos y los otros. Para ellas, la época de la

colonización o la época del twist fue más de lo mismo.

Después cambiaron los uniformes. No sus modos. Siempre violentos, siempre arrogantes. Mi madre hizo su entrada en escena cuando no era más que una campesina. Violada por su patrón, solo se había salvado por la mano tendida de esas trabajadoras. Ellas le enseñaron el oficio. Ellas la introdujeron en la guarnición. Mi madre aceptaba todo de las bestias de nuestro ejército que se había vuelto nacional. Siempre y cuando pudiera pagar mi escuela. El twist le cedió el lugar al disco. El disco al house, el house al tecno. Mi madre no bailaba. Era la pista de baile. Así fue como me tuvo. Siempre hay un pequeño plus si aceptas tener sexo sin preservativo. No sucede sin riesgos… Pero todo eso, para ella, no era nada. Nada más que su vida. Más tarde me enteré de que Nietzsche había escrito: “El alma no es sino una parte del cuerpo”. ¿Por qué no? Ese tipo solo debe de haber conocido putas antes de morir de sífilis… A menos que no sea más que una leyenda. Eslimán me habló de eso. Eslimán es mi enamorado.

A mi madre no la mató la sífilis. Sino sus embarazos. Sobre todo, sus abortos. Yo era la que los realizaba. La primera vez, tenía ocho años. Me explicó cómo mover las agujas de tejer dentro de su bajo vientre para matar a un hermanito o una hermanita que ella no hubiera podido alimentar. Mis manos inhábiles, temblorosas. El miedo. Sus gritos. La sangre corriendo entre sus piernas. Al final, me tomó en sus brazos y lloré un rato largo contra su pecho candente.

La operación se reprodujo. Tomando distancia, me digo que la temible asesina de niños en la que así me había convertido les permitió a sus hermanos y hermanas acceder al mundo de los ángeles. A falta de una vida, les regalé la eternidad. Al mirar mi existencia y lo que probablemente habría sido la suya, es poco decir que ganaron con el cambio… En todo caso, es lo que me digo para alejar mis remordimientos. Esa vocecita lacerante y cruel que me despierta por la noche. Monopoliza con demasiada frecuencia mi atención. Viene a destruir mis escasos momentos de alegría.

Mi madre abusó de los abortos. Murió por eso. Yo la maté. Una noche se vació. Yo tenía doce años. Eso fue lo que les conté a los gendarmes. Como único consuelo, me violaron de a muchos el día que siguió a la última noche de mi mamá.

“Mamá”… Fue la última vez, ese día, que pronuncié esa palabra. Después de haberlo gritado por horas durante el naufragio de mi virginidad. El desastre de mi inocencia. Se dice de las hurís, las vírgenes eternas del Paraíso que el Corán promete al hombre virtuoso, que su himen se reconstituye después de cada coito. ¿Sienten tanto dolor, como yo ese día, con cada nueva penetración? Entre las manos de esos monstruos condecorados perdí mi fe en Dios. Lo insulté con mis palabras infantiles. Al día siguiente, me obligaron a hacer la calle.

2

Para mi primer cliente, me habían hecho beber. Mucho. Pero no lo suficiente para que no me acuerde de lo esencial. El alcohol tiene esa virtud de embellecer lo sórdido, de anestesiar la percepción. Parecía un hombre piadoso. La barba, la ropa, la marca del rezo en la frente. Su asco perceptible por mi aliento que apestaba a vodka barato. Aparentaba ser tímido. Incómodo. Mi aspecto infantil le resultaba irresistiblemente. Nada lo detuvo. Ni mi mirada triste y vacía ni las marcas de los golpes sobre mi cuerpo. Creo que estaba tan excitado que fue todo muy rápido. Pero el tiempo parece largo cuando no hay ningún placer. Cuando solo se gana sufrimiento, asco. De sí misma. Me agradeció. Y luego se fue. Dejándome desnuda sobre la cama, con las piernas abiertas, paralizada. Una lágrima me corría por la mejilla de nenita, enrojecida por su barba. Ese día, hizo de mí una puta para siempre.

Todas las noches, mis proxenetas en uniforme me forzaban a tener nuevos clientes. Las profanaciones de mi pequeño ser enclenque eran cada vez más inmundas. Me tragué esperma, meo y mierda. Era un aprendizaje, el del envilecimiento. Cada noche, alcohol. Los golpes, las bofetadas, los insultos, las órdenes. La obligación de reír con una risa loca cuando tres hombres destruyen al mismo tiempo lo que una considera lo más preciado. Reír so pena de recibir todavía más golpes. Pasar del azote a la vara. De la vara al látigo. Parece que es así como una se acostumbra al oficio. Sobre todo, que se lo acepta. Una vez que una lo perdió todo, lo impensable se vuelve normal. Se sigue sufriendo, pero ya no hay resistencia.

Y un día la formación llega a su fin. Casi dan ganas de agradecerles a nuestros verdugos. Lo hacemos, incluso. Por miedo a que todo vuelva a empezar. Y nos quedamos solas, frente a nosotras mismas. Frente al dinero de los clientes que el destino de una chica de doce años no logra apiadar sino excitar tanto. Sonreír y reír, siempre, desde los primeros minutos. Es la clave. No hay que rechazar al cliente. Hay que hacerle sentir que nuestro sufrimiento es placer, nuestra humillación una recompensa merecida. De chica de doce años, nos volvemos una "pequeña zorra". Con medias de seda demasiado

grandes para nuestras piernas flacuchas.

Como todas las mañanas, o casi, en un barrio tranquilo, llego por fin a mi minúsculo estudio que alquilo para mi trabajo. Contrariamente a mi madre, terminé por conseguirme un lugar. Incluso en mi oficio, “trabajadora independiente” suena mejor que “puta de guarnición”. Cada cual siente orgullo de lo que puede… Acá, si queremos salir adelante de verdad, no podemos tener otro trabajo. Por eso tomé una decisión que no lo es del todo: me volví puta de tiempo completo.

Estoy por cumplir cuarenta años. Cuido este pequeño refugio para solitarios lo mejor que puedo, ya que tengo una categoría que mantener. No soy una puta de lujo, pero tengo una clientela. Puedo incluso permitirme rechazar clientes que no me caen bien. Muchas de nosotras terminaron destripadas, con un cuchillo en las costillas. Asesinadas por perversos o islamistas sádicos. Mi estudio es coqueto, con clase sin pretender demasiado. Es luminoso para quienes desean verlo todo, tamizado para quienes gustan de ambientes románticos, oscuro para quienes sus fantasmas asustan o repugnan. En las paredes y en el techo, espejos, equipados con cortinas. Hay hombres a los que eso los paraliza. A otros los excita. Más allá del interés de esta prestación, lo hago por mi seguridad: ver el que está detrás de ti puede salvarte la vida.

Tengo que estar siempre limpia. Cambio las sábanas entre dos clientes. No puedo encender el lavarropas cada dos horas para no despertar las sospechas de los vecinos, por eso me llevo todo a casa a la noche dentro de maletines. Tengo un promedio de seis a ocho clientes por día. A veces menos. Prefiero tener ingresos más modestos, pero tomar la menor cantidad de riesgos posible.

Sobre todo, me da temor que el ruido de la ducha llame la atención. Privilegio el aseo con el surtidor en la bañera. A veces, yo misma lavo a mis clientes. Forma parte de la prestación. La mayoría ya tienen una erección antes de que los toque. Los más excitados eyaculan sin esperar a que me desvista. La sexualidad masculina no tiene sorpresas. Muy pocas veces está a la altura de las palabras que tiene para describirse. Sobre miles de clientes y decenas de miles de servicios sexuales, nunca conocí la exaltación. Los hombres no tienen buen sexo. Demasiado brutales. Demasiado rápidos. Demasiado centrados en ellos mismos. Incluso cuando tuve sexo por amor, muy pocas veces, el acontecimiento parecía un desastre. Salvo con Eslimán…

Para no suscitar la desconfianza de los vecinos, les dije que era abogada. Puse una placa profesional con nombre falso en la fachada. Para todas y todos soy Malika Bensri, especializada en derecho comercial internacional. Una jugada arriesgada, destinada a disuadir a

los vecinos a que un día vengan a tocarme el timbre. Mi miedo es que uno de ellos, sin embargo, un día quiera apelar a mis servicios de abogada -o de puta-. Para el primer caso, afortunadamente conozco un abogado de negocios. Jugaría el juego. Daría el pretexto de que estoy ahogada en expedientes y lo enviaría con este colega competente. Si en cambio alguien del barrio me llama para echarse un polvo conmigo, sería difícil adivinar que es de la zona sin verlo antes por la mirilla. Es justamente por eso que desarrollé un sistema de filtrado de mis clientes: los nuevos deben ser obligatoriamente recomendados por clientes habituales. Eso limita el riesgo. Pero no es infalible. Si un día me descubren, voy a cambiar de barrio.

3

A mi primer cliente le gusta llegar temprano. Es el más distinguido de mis clientes habituales. El más violento también.

Al señor gobernador de la Provincia le encanta golpear. Así le gusta arrancar su día, afrontar el estrés que le espera. “Me relaja”, dice. Sostiene el látigo y golpea. Golpea y sigue golpeando. Pero paga. Un buen precio. Me hubiera gustado pedirle un favor para mi hija. Una escuela mejor… Pero el riesgo es demasiado grande. No quiero que puedan sospechar de su existencia. La gente con mucha influencia nos tiende la mano un día y nos lo hace pagar toda nuestra vida. Como gobernador, me puede chantajear. Acusarme de cualquier cosa. La amenaza de tortura es la que más me paraliza. Pero todo eso no es nada comparado a mi miedo de que puedan agarrárselas algún día con mi hija. Ella es apenas mayor que yo cuando me violaron y emborracharon en la caserna.

Entonces el señor gobernador puede permitirse todo conmigo. Tiene la delicadeza de no abusarse. De pagarme. Una prestación dolorosa, pero en la que no tengo mucho que hacer salvo esperar que se detenga después de eyacular. El ritual es siempre más o menos el mismo. La rutina debe calmarlo. Me desvisto conservando una tanga negra. Él se queda vestido y solo abre la bragueta de su pantalón. Empiezo por chupársela. Me detiene tirando mi cabeza hacia atrás. Podría golpearme en la cara, pero acordamos que no tenía esa libertad, aunque puede otorgarse ese derecho. Entonces me da vuelta violentamente. Sostiene el látigo y golpea. Golpea y sigue golpeando. Sobre mi espalda huesuda, mis hombros menudos, mis glúteos redondos. Mis muslos lisos. Después me gira de nuevo. Destroza mi tanga con sus dientes, siento su aliento apestoso y caliente sobre mi vientre. Escupe sobre mi sexo. Lo lame con avidez. Y después me agarra del pelo y me arrastra hacia la habitación insultándome. Siempre los mismos gestos, los mismos insultos. Por suerte, paga tan bien como da latigazos.

Me gusta pensar a veces que este hombre poderoso fue primero un niño. Un inocente. Que tuvo que sufrir violencia, gestos que le gusta reproducir conmigo para borrar mejor esos recuerdos. Para mí, eso lo

redime. Casi podría sentir lástima por él. Esto me permite también no asfixiar cualquier creencia en una humanidad capaz de lo peor pero también tan frágil que merece un poco de compasión. Una humanidad apta para encontrar una redención, forjarse otro destino. Más noble. Más bello. Menos destructor. Sí, creo que este pensamiento me alivia. Me devuelve una parte ínfima de dignidad. Y le confiere un semblante de decencia a mi relación con los demás.

Los clientes que le siguen no aprecian mucho verme abatida con ellos. Por mis hematomas o lastimaduras aparentes. Pero a algunos les gustan esas rayaduras violáceas que el látigo ha dejado sobre mi cuerpo. Envidian al que lo hizo. Seguramente se dejarían tentar. Pero no tienen el coraje ni los medios para pagarlo. Otros, menos numerosos, se compadecen de mi suerte. Son sinceros. Ninguno se arriesga nunca a preguntarme quién me hizo eso. En esta sociedad, menos se sabe…

Hice insonorizar el cuarto por el señor gobernador. Porque si bien le gusta golpearme, le gusta sobre todo escucharme gemir. Sobreactúo un poco. Apenas, porque el dolor es real. Pero de todas maneras lo suficiente como para acelerar su eyaculación y limitar sus golpes. De todos modos, él tendría la inteligencia de no hacerlo demasiado fuerte. Tengo que estar en buen estado para el día siguiente, si le dieran ganas otra vez. La insonorización me sirve también para ahogar los aullidos más ruidosos de mis clientes. Un hombre que alcanza el orgasmo es grotesco.

Y luego se trata también de atenuar el ruido, los gritos y los llantos de los que me piden que los lastime. Me negué durante mucho tiempo. Por el dolor físico. De la negación de sí que engendra. Puse una tarifa muy alta para disuadir a los masoquistas. Y luego, un día, un hombre adinerado puso un fajo de billetes sobre mi cama. Pensé en la escuela de Selma, y dije sí. Tuve una sensación extraña cuando ataba al cliente desnudo al radiador. Un gusto agrio en la boca la primera vez que levanté el brazo para golpear. Una profunda sorpresa cuando la víctima me dijo que golpeara mucho, mucho más fuerte. Una incomprensión total al verlo eyacular de placer y de dolor. Me llevó semanas aceptar que yo era capaz de ser esa mujer.

Ese cliente me mandó otros. Es evidente que hacía bien mi trabajo. Y, cuando pasó el tiempo, a pesar de mi repugnancia inicial, terminé yo también por tomarle el gusto. Los he visto sufrir vistiéndose de tanto que los había lastimado. Volver a ponerse la camisa llorando. Con el culo, la verga y los testículos arañados hasta sangrar. No sé si su placer está en función de mi eventual deleite. Su masoquismo me

indispone. Mi sadismo me horroriza. Una vez, me sorprendí por llegar al orgasmo con el solo recuerdo de esas sesiones. Me desprecio cada día un poco más. Y cada vez me cuesta más darle un beso a mi hija. Como si la ensuciara. Como si ya no lo mereciera.

4

El señor gobernador no vino esta mañana. Tendré más tiempo para estar con Eslimán. Eslimán no es un cliente. Él también es una puta. Tiene quince años menos que yo. Es gay. Como yo, vende su cuerpo. Pero sobre todo es un poeta extraordinario. Ninguna nación árabe engendró uno así desde hace años. Me dedica sus versos más hermosos. No hay versos para una Layla inaccesible y desencarnada. No. Versos que se esmeran por decir, describir, sublimar cada uno de los rasgos de mi personalidad, de mi cuerpo. En sus palabras, soy hermosa. Dulce. Eterna. Una decodificación con todos los matices. Su sensibilidad subraya la generosidad y la nobleza de su mirada sobre mí. Una mirada que es como una caricia verdadera y desinteresada que yo ya no esperaba, que repara las astillas de mi ser zarandeado por la vida. Sin dudas porque su destino se parece al mío. Una mirada tan llena de ternura para su país. Me suele decir: “Eres la memoria de nuestro pueblo y de su historia. Por tus venas corre su verdadero rostro”. A veces, tengo la debilidad de creerle. Aunque sepa que es mentira. Sus palabras son un placebo. Me autorizo a creerlas. Me salvan de la vergüenza que por lo general acecha a la gente como yo.

Pasa a verme con frecuencia, y nos quedamos entonces por horas acurrucados el uno contra el otro, en el fondo de la cama, rehaciendo el mundo. Su ternura me reconforta, mi cuerpo de mujer, tocado con infinita delicadeza, sin la violencia del deseo que es mi vida diaria, se apacigua por fin y se distiende. Es gracioso, con él me siento una mujer amada, pero con la imposibilidad de ser poseída. Eso me frustra, a veces. Esa suerte que me rehúye, siempre: por una vez que un hombre me hace bien, no puede ir hasta el final. Pero aprendí con el tiempo a amar lo que él me daba, esa forma de amor que yo no conocía. Y él se nutre de mi ternura, lo inspira, barre como un soplo ligero sus miedos o sus dudas. Soy como él, por eso ya no está solo. Se encariñó conmigo como nos encariñamos con el sentido que a veces nos falta. Cuando el destino es demasiado complicado. Mi Eslimán se enamora con facilidad de los hombres, pero yo soy “la mujer de su vida”, como dice él. Entonces pasamos esas horas como niños felices por robarle a los adultos momentos en los que pueden ser ellos mismos, reír, soñar, consolarse, sin temor a ser incomprendidos. O

castigados.

En cuanto a mi fe en Dios, resurgió una noche, cuando mi hija llegó al mundo. Oh, por supuesto, es una hija de puta. Una nieta de puta. Pero también es el regalo más hermoso que me ha dejado uno de los cerdos que se vacían día tras día en mi rostro, en mis tetas, en mi entrepierna, en mí. En una época en la que algunos billetes de más podían todavía convencerme de olvidar el preservativo.

Mi hija… Por ella, no cometeré el error de mi madre. Viviré. Para eso, desde que nació tomo mis precauciones. Desde entonces, el preservativo, todos los que me frecuentan saben que es un imperativo. Para salvar mi pellejo. Y el suyo. Perdí muchos clientes. El sida no ha sido más amable en el Magreb o en Medio Oriente que en Occidente. También tomo pastillas. Dos precauciones son mejores que una. Y solo recibo con cita previa. El celular e Internet han revolucionado nuestro oficio. Es más fácil recibir, encontrarse, hacerme una reserva.

Y además rezo. Soy una puta que reza. Entre cada cliente, hago mis abluciones duchándome para presentarme ante Dios. Me cubro el pelo, me vuelvo hacia La Meca. Para purificarme. Para existir. Dios es el más grande de los poetas. Les ofrece a los más humildes el aspecto del virtuoso. Las esperanzas de millonario. Sueños que podemos rozar con nuestras manos callosas.

Los únicos clientes que rechazo son los militares. Cuando se es puta, hay que querer un poco a sus clientes regulares. Para no ser solo una máquina. Para creer que, detrás de esos cuerpos jadeantes, egoístas y voraces, también se ocultan almas. Con sus heridas, sus dudas, sus deseos.

5

Gracias a la prostitución mucha gente sobrevive en la capital. También por su causa palmamos jóvenes… De sida. De sobredosis. Asesinadas. Cuando ya no hay cuerpo que aguante, al menos te queda cortar por lo sano, las muñecas. En el momento, duele. Y después te vas vaciando lentamente. Como un cordero del Aid. Un imbécil con el que me había encaprichado como una tonta me había hecho alimentar la esperanza de otra vida. Me habría podido haber dejado y hacer las cosas como es debido. Se me rio en la cara: "¿Quién quiere casarse con una puta?". Cuando me corté las venas, Nejma me salvó la vida. Era como yo, pero más joven. Salida directo de su campo, o mejor, podía ser una empleaducha disponible para todo veinticuatro horas sobre veinticuatro, o peor, una puta doméstica.

Mucho antes, Nejma había podido ser una pequeña campesina despreocupada y feliz. Saltando alegremente en medio de una naturaleza exuberante. En su región, para ver crecer esa naturaleza hay que picar la tierra, diez horas por día, desde los cinco años. Eso no facilita los sueños de grandeza. Pequeño ser dócil, trabajador y silencioso, Nejma estaba dedicada a servir. Una chica, bah… Al perder a sus padres de muy joven, había quedado bajo el mando de un tío brutal y colérico que la obligaba a compartir la paja de los animales. La idea misma de que se pudiera perder tiempo en educarla no entraba en su concepción del mundo. Su universo era el de una chica que solo es una boca que alimentar. Solo una boca.

Desde la pubertad, su tío se propuso venderla. Sin pensarlo dos veces. Antes de que el demonio que se apodera de todas las mujeres la llevara a perder su virginidad. O, peor, la hiciera engendrar un bastardo de los que esas jóvenes campesinas no saben protegerse. Sacaría entonces un precio apenas digno del tiempo que le tomaría ocuparse del asunto. Poco le importaba lo que sería de Nejma. Se había hecho cargo de esa sobrina como lo obligaba la tradición. Su venta sería su último esfuerzo.

Una rica familia de la capital no se hizo rogar para la adquisición de esa mocosa cuya mirada dulce traicionaba una sumisión adecuada. Empleada doméstica para todo. No recibiría ningún salario y dormiría

en el altillo. A menudo, agotada por su jornada de trabajo duro, los reproches permanentes y los golpes que los acompañaban, ni siquiera tenía la fuerza de llegar hasta su guarida y se dormía en la escalera.

Dos años después, cumplía de maravilla todas las tareas que correspondían a su función. Salvo las que sus formas que se habían contorneado desde entonces todavía no le habían revelado. Las pocas veces en las que sorprendía una discusión confusa entre su patrona y su marido, bajaba los ojos y se alejaba para no oír las palabras que inconscientemente sentía que no eran para su edad.

El dueño de casa no tenía ningún candor. Nunca le había prestado atención hasta ese momento a esa pequeña empleaducha iletrada, poco hábil y temerosa. Una tarde, sin embargo, mientras enceraba el parquet, se sobresaltó al sentir que una mano se deslizaba por su cola. No se movió. Aterrorizada. Pero tan terriblemente consciente de que negarse, fuera lo que fuera, no se hacía. Que pasaría por una rebelde y una chica mal educada, que había que echar.

Y también, por una vez, el patrón no le hablaba mal. Incluso era tierno. Le dijo: “¿Quién puede pensar que nuestras mujeres oculten bellezas como tú, Nejma?”. Perturbador instante en el que el miedo nos atormenta, en el que no sabemos bien qué decir o qué no decir. En el que sentimos por primera vez que suscitamos interés. En el que presentimos también que una palabra o un gesto podría causar nuestra perdición. Entonces se quedó ahí, sin voz, congelada. Solo sabía obedecer.

Lo que ocurrió después no merece ningún relato. Es trivial y obsceno, como toda pérdida de virginidad de una empleada de la limpieza. Algunas ganan con eso un hijo, otras un despido. Unas pocas chantajearán. Otras no sacarán más provecho que la vergüenza que las llevará a la muerte. La mayoría lo convertirá en su realidad cotidiana.

Ese día, para comprarse una buena conciencia, el amo de Nejma le ofreció a su empleada una muñeca y una caja de pasteles. Galletas doradas, brioches con mermelada. Seguramente, no era mucho más malo que cualquier otro. No mucho más malintencionado. Simplemente entendía que podía hacer uso de sus medios y de su posición como mejor le placía. Una ética feudal todavía a la orden del día lo respaldaba, incluso. Quebrantarla le hubiera parecido a este hombre, de torso ancho y manos poderosas, como una ofensa a su estatus. Se conducía como había visto actuar a su propio padre. Como se hablaba entre hombres. Sin hacer de eso demasiado misterio y sin ruborizarse. Nunca. Su propia esposa no le hacía reproche alguno. Como si la violación de empleadas domésticas fuera un asunto corriente.

A Nejma le dolió. Las otras veces fueron mejor. Un amo brutal. ¿Alguna vez pensó en negarse a esa relación? No. ¿En sacar provecho?

Tampoco. Algunas noches, le declamaba poesía. Le contaba sobre el amor, la belleza de un mundo que ella no imaginaba. Le hacía repetir versos que ella se aprendía de memoria, antes de recitárselos al día siguiente. Arrastraba con torpeza esas palabras extrañas en su boca, como caramelos de los que no llegaba a sentir el sabor. Como muchas analfabetas, su poder de memorización era impresionante. Eso los divertía mucho a los dos. Él le decía que esas palabras se conjugaban con su belleza. Hacía de ella otra mujer. El dolor le cedió el lugar al espasmo.

Pero, en nuestro país, la adversidad no nos abandona nunca. Inquieta por ver a su marido apasionarse con la chica, el ama de casa se volvía cada vez más irascible con esta. Vislumbrando un despido a corto plazo, Nejma decidió trocar el derecho de pernada del patrón por una opción remunerada. Era arriesgado.

Se prostituyó durante tres años. Nejma era una adolescente miserable, pero hermosa, simple, honesta. Cuando a su vez ella perdió toda valentía, yo no estaba ahí para llamar a la ambulancia. La encontré a la madrugada, tirada entre los tachos de basura. Para cortarse las venas, había elegido ese lugar, no otro. Sin embargo, sus grandes ojos negros abiertos sobre el infinito contaban con toda claridad otra cosa. Ese día cumplía sus dieciocho años.

6

Mi hija solo tiene trece años. Se llama Selma. Es una alumna brillante. Le pago una buena escuela. Tengo que aguantar todavía unos diez años para que pueda terminar sus estudios y obtener un diploma. Mientras tanto, tantos gastos, tantos sobornos por pagar. Una eternidad… Es una de mis plegarias. Aguantar por ella. Alá es bueno. Pero él tiene todo el tiempo del mundo.

Selma es dulce, obediente, educada, alegre, atenta, curiosa. Le enseñé a rezar. Practica el ramadán conmigo desde hace tres años. Su largo pelo negro y sus ojos brillan a la noche cuando hablamos juntas mientras nos quedamos dormidas. Estoy extremadamente orgullosa de lo que es, de la mujer en la que se está transformando. Será fuerte.

Mi hija no sabe nada de mis actividades. El estudio donde ejerzo está en un barrio en la otra punta de donde vivo, donde hay edificios recientes de poca altura que reciben a la clase media.

Se cuchichea que trabajo para el Estado, en el servicio de inteligencia. Es lo que se dice cuando una persona actúa misteriosamente en este país. Podría denunciar a mis vecinos. Por eso no me hacen preguntas. Es mejor así. ¿Qué podría responder si vienen a interrogarme? ¿Que los únicos hombres del gobierno que conozco son los que se deslizan sin miramientos entre mis piernas? Por unos billetes. Ante los ojos del pueblo, el oficio más antiguo del mundo no tiene ninguna nobleza. Mis vecinos me caen bien. Pero el miedo a ver su honor manchado por frecuentar una mujer de mala vida los transformaría en hienas. Solo hay uno con el que simpaticé en verdad. Omar.

Atiende la pequeña tienda frente a nuestro edificio. Una babel de aroma a especias donde hay de todo. Lo básico de lo que se propone tradicionalmente en un almacén, y repleto de otras cosas inesperadas. Vajilla. Material de ferretería. Cajas de música, trenes eléctricos para los chicos. Medicamentos. Antigüedades. Libros de todo tipo… Una vez un vecino compró ahí una puerta para el auto. Ahí mi pequeña Selma me espera haciendo sus deberes cuando vuelvo más tarde de lo habitual. Omar tiene cerca de setenta años. Es viudo. No se queja nunca, siempre encuentra una palabra amable para decirles a sus

vecinos. Ayuda a muchos de ellos. A veces regalándoles comida. A veces borrando sus deudas. O simplemente con palabras reconfortantes. Habla poco, pero tranquiliza. Con sus manos largas y cálidas. Con sus arrugas que cuentan una vida de trabajo. Con sus comentarios siempre cargados de sentido. O con aforismos que saca de un libro de sabiduría o de un diccionario del absurdo del que no hubiera renegado Joha, mítico bufón de la cultura musulmana. Selma lo quiere mucho. Le gusta tironear de su larga barba blanca. De más pequeña, mascaba su chilaba ya gastada pero siempre limpia. Creo que al crecer encontró en él un abuelo bondadoso. Y la filiación que le falta, un vínculo que la relaciona con algo. No le pude dar una historia familiar a mi hija. Me hubiera gustado. Pero soy como una rama cortada, de la que ella brotó como una yema. Omar, que le cuenta un montón de historias antiguas, se transformó en su apertura a un pasado que yo condené, como se condena una puerta.

Los relatos que él le cuenta son los que yo soñaba escuchar, una y otra vez, cuando era chica. La llave del paraíso perdido. Mi propia madre no tenía ánimos para contar historias despampanantes. Todo lo que una puta de campo podía ofrecerme era la vida, comida, ropa, un techo. Y esta intuición, que venía de quién sabe dónde, de que la educación liberaría a las mujeres, algún día.

Omar es para Selma un árbol de leyendas. Le gusta pasar horas en su tienda.

7

Desde hace unos meses, Selma insiste en conocer nuestra historia familiar. El árbol ya no le alcanza: quiere raíces. Saber de dónde somos, ella y yo. Quiénes eran sus abuelos. Lo que hacían. Dónde están sus tumbas. Quién es su padre. Si nos queríamos mucho. Mi madre nunca me ocultó nada. Yo hice lo contrario con Selma. No me preparé para sus preguntas. Ya me hizo preguntas cuando era más chica. Pero ahora mis respuestas evasivas, “Están todos muertos, me hace demasiado mal recordar, prefiero no hablar”, ya no son suficientes.

Es que crece, mi pequeña Selma. En las paredes de su habitación, los afiches de las *pop stars* reemplazaron a los pósteres de Pokemón. Tengo la impresión de que todavía es una niñita. Pero su universo de ahora en más cambia a toda velocidad. Tan rápido como crece. El otro día la sorprendí observándose los pechos incipientes en el espejo. Ayer, me pidió tener un celular. Me parece demasiado joven para eso. Pero seguramente voy a ceder. También me va a dar la seguridad de que puede localizarme si tiene algún problema. La adolescencia, con el descubrimiento del deseo masculino, como del nuestro, es un pasaje complicado para todas las chicas, sea cual sea el país. En las sociedades árabes, es peor para ellas. Me sorprende que no haya hablado todavía, pero pienso que pronto va a reprocharme la vestimenta estricta y cada vez menos de su edad que la obligo a usar para ir a la escuela. Y sé que, a la velocidad con la que crece, tendré que renovar todo su guardarropa. Adaptarme.

Estas cuestiones de la ropa no son su prioridad en este momento. Por ahora, quiere saber. Conocer esos fantasmas que le oculto desde siempre. ¿Cuánto tiempo voy a poder sostener un discurso que ella estime creíble? Sin nunca romper sus ilusiones. Tengo miedo de que Omar haya adivinado lo que soy en verdad. Si es así, estoy segura de que no me va a traicionar. Su bondad está inscripta en su rostro, en sus expresiones, sus gestos, sus palabras. A mí también me hubiera gustado que fuera mi abuelo. O mi padre.

Esta mañana, abrió temprano la tienda. El domingo es el día de

repartos. Me hace una seña con la mano, le respondo con discreción para no despertar sospechas. Un deseo. Para circular por la ciudad, me visto de la manera más estricta posible. Nunca atraer ni una mirada. Inclino la cabeza hacia abajo y trato de caminar con paso apurado.

8

Camino por las callecitas más tranquilas de los barrios para llegar al estudio donde ejerzo mi actividad. Tomo un taxi para cruzar la ciudad y me bajo cada vez en calles diferentes con taxis diferentes. Termino sistemáticamente el recorrido a pie. La calle Al-Akhtal alberga mi negocio. Cristiano, Al-Akhtal es uno de los poetas árabes más importantes, sino el más dotado. Siempre fui sensible a la poesía. Por mi formación. Por mi historia. Me demoro muy pocas veces en los lugares públicos, pero a veces frecuento una librería del centro donde se presentan poetas. El lugar es sombrío, exiguo. Huele a libros viejos. No se deben de encerar las estanterías de madera rústica desde hace generaciones. Las cuarenta personas presentes se apretujan para entrar en la sala polvorienta. La atmósfera es cálida y me siento bien ahí. Ahí conocí a Eslimán.

Esa noche, él participa. Un triunfo. Quedo subyugada por la fuerza de sus versos, su elocuencia natural. Por sus gestos, que acompañan las intenciones, los efectos, los sentimientos. Por primera vez en mi vida, me acerco a un verdadero poeta. Hablamos. Enseguida, me propone una cita. Al día siguiente. Un restaurante. Me niego. Insiste. Le digo que sí.

Ya me veo casada con un poeta. Quince años menor que yo. Solo me lo imagino por unos pocos instantes. Unos breves instantes. Sé por instinto que el joven poeta será rápidamente repelido por la puta. Que la única forma de trascender mi destino de prostituta es que a mi hija le vaya bien. Que mi sacrificio entonces tendrá sentido. Ningún trabajo me dará tanto dinero. Hay algo que me parece evidente: incluso después de la finalización de los estudios de Selma, no me veo abandonando mi oficio. Mientras mis encantos me lo permitan, ejerceré. La única vez que creí poder vivir otra vida, casarme con un hombre bueno, que me amaría y querría fundar una familia, dejó huellas indelebles en mis dos muñecas.

A veces tengo miedo de mi olor. Como si las duchas ya no tuvieran efecto sobre mí. Como si llevara el perfume amargo del vicio. Como si mi piel todavía tersa exhalara el olor de todos los que me han humillado. Una intuición mórbida.

Nos encontramos al día siguiente con Eslimán. Conozco el restaurante que me indicó sin haber entrado nunca. Una fachada de un azul común y corriente. Algunas mesas descoloridas en el exterior, clientes pensativos o cansados. Se dice que es la guarida de los intelectuales. Y por lo tanto, de los servicios de seguridad. Difícil discutir ahí con toda confianza. Sin embargo, Eslimán parece cómodo. Entramos. Un fuerte olor a tabaco hace que me pique la nariz. Se levantan voces para saludar al poeta. Les brinda algunas palabras que le valen algunos aplausos discretos. Nos sentamos en una mesa, pedimos unos platos livianos. Empezamos a hablar. No se pone en pose de intelectual, sino que aborda conmigo toda clase de temas, desde los más fútiles a los más serios. Evitando cuidadosamente toda alusión a la política. Eslimán tiene la flexibilidad de los grandes intelectuales. Estoy todavía más impresionada que la noche anterior por su talento. Más allá de la poesía, su cultura parece inagotable. Cada palabra que pronuncia parece de otra época, de otra dimensión. Y, sin embargo, está presente en el mundo, en la realidad de nuestra época, como ningún otro hombre. Me gustan sus palabras, su mirada profunda, sus gestos delicados sin ser amanerados. Tiene algo más.

No lo entendí de inmediato, sino después de nuestra conversación, al llegar a mi estudio. Tenía esa delicadeza extrema y no fingida, sincera, de no hablar de sí mismo sino de los demás. Y de interesarse por su interlocutor. De ponerlo en valor. No me hacía preguntas inquisidoras sobre mi actividad profesional, mi familia o mi ciudad de origen. Pero se atrevía a preguntas íntimas sobre lo que me hacía soñar.

Nos volvimos a ver regularmente. Eso me asustaba un poco. Pero tuvo rápidamente la franqueza de informarme su orientación sexual. Por supuesto, mis ilusiones se quebrantaron. No me casaría con un poeta. Pero iba a acercarme a un hombre cuya ternura no podía sino transformarme. Eso sucedió paso a paso. Cuando por primera vez tomó mi mano, durante una comida. Cuando apoyó su cabeza sobre mi hombro. Poco a poco, algo que no entendíamos, algo más grande que nosotros, se instaló. Y creció. Algo noble. Tierno. Yo solo había conocido una sexualidad exagerada, tarifada, violenta. Descubría emociones, sensaciones nuevas. Una complicidad que nunca había imaginado. Una alianza de almas, de seres, más allá de los cuerpos y de la materia. De hecho, entendí de pronto que antes de Eslimán nunca había “encontrado” a alguien de verdad.

Nos volvimos lo suficientemente íntimos como para hablar de nuestras respectivas vidas. No la de las apariencias, sino la vida con sus ángulos salientes. Sus padres odiosos, sus hijos. La que hace mal. Eslimán viene de un medio acomodado pero sus padres lo echaron cuando lo descubrieron en los brazos de otro chico. Acaba de cumplir

dieciséis años. En nuestro país, no se vive de la poesía. Por eso hace la calle. Para sobrevivir y guardar las apariencias en sociedad, se viste con coquetería. Por gusto y para excitar mejor a los clientes que pagan con generosidad. Por mi parte, soy una puta entre dos edades que navega en medio de mentiras.

La fealdad de nuestras respectivas vidas habría podido alejarnos. En cambio, nos ha acercado. Una puta enamorada de otra puta. ¿Qué podíamos esperar de más justo? Sin maquillaje, parecemos mucho más relucientes el uno para el otro. Hoy, nos amamos con locura a nuestro modo. A base de versos renombrados que nos lanzamos a la cara riendo. Juegos interminables. Adolescentes sufrientes que descubren sensaciones y una especie de amor que la brutalidad de su vida siempre les había ocultado.

Mis clientes constituyen lo esencial de mi cotidiano. La condición *sine qua non* de mi supervivencia: tener un techo para mi hija y para mí, que coma a gusto y que yo pueda pagar sus estudios. Podría tanto agradecerles por lo que me aportan como detestarlos por lo me hacen padecer. En realidad, no tengo estima por ninguno de ellos. Pero tampoco los odio. Nada comienza ni termina en verdad con ellos. Son solo una historia, anterior a mí misma, que continúa. A través de ellos, entre ellos y yo. En mí.

9

Los hombres siempre serán un enigma para mí. Estoy segura de que valen más de lo que me dejan entrever. Incluso como amantes. ¿Nunca pensaron en brindarle placer a una mujer? ¿Gratis? ¿Solo para complacerla? Puedo estar de rodillas ante ellos, con la boca abierta, sé más de ellos de lo que ellos mismos podrán saber alguna vez. No se ven exhalando, sudando, haciendo muecas, gimiendo… Llorando, a veces. Sobre todo, no se escuchan cuando hablan, eructan. Tratándome de "puta sucia", de "zorra" o gritándome nombres que me son desconocidos pero que representan con los que tanto quieren tener sexo. Dándome golpes en la cola. ¿Qué necesidad tienen los hombres de mancillar así a la mujer que les ofrece su cuerpo? Como si el placer de los hombres fuera un castigo. El de ellos.

Una vez que su sexo ya no puede más, a mis clientes les gusta hablar de ellos. El alivio abre una puerta en alguna parte entre su bajo vientre, su corazón, su cerebro. Fuman un cigarrillo. Y dejan transparentar, a veces, sus miedos, sus esperanzas, sus desesperanzas. Para algunos, soy solo una oreja sin existencia real. Se hablan a ellos mismos. Unos minutos antes yo no era ni siquiera un ser vivo, sino un conjunto de pedazos a elección: senos, piernas, un culo magnífico. Verdaderos muchachos carniceros en busca de la mejor pieza de carne de segunda. Algunos me pagan el doble para que los amamante como corderos hambrientos. Otros el triple solo para chuparme los dedos de los pies… Nada más que eso. No es desagradable. Da cosquillas. Y tiene la ventaja de hacerlos callar el tiempo que hacen lo suyo. Las fantasías no tienen fronteras. Sino un precio.

Hago que me paguen por lo que un hombre podría obtener gratis de su mujer si tan solo se lo pidiera. Salvo que un marido no le pide a su esposa que lo mee en la boca mientras él se masturba. Sin dudas, a su compañera le parecería deshonroso… ¿Dónde está lo malo? Ciertas mujeres no se facilitan la vida. Y yo recolecto sus hombres. Como desperdicios. Como única dignidad, su pobre fajo de billetes entre el pulgar y el índice. Apenas consumado su goce, me cuentan sus desgracias conyugales. Su gerente general tiránico. Su jefe de servicio castrador. Su madre muerta, a la que extrañan. Ese padre alcohólico

que les pegaba. Su hija rebelde. Un hijo perdido en la cocaína… Lo cotidiano de nuestra época. Nada brillante, pero de una humanidad que no es sino fallas y remordimientos. Con toda su oscuridad, toda su belleza. Toda su cobardía. Toda su luz. Toda su inocente brutalidad.

No odio a mis clientes. Solo les tengo piedad. No los quiero. Me dan pena. Pobres seres desorientados que vienen a encallar en mi entrepierna para olvidar por unos instantes lo que son.

Los que me dan miedo son los que no parecen interesarse verdaderamente por ellos mismos. Los que hacen preguntas sobre mi vida, mis sueños, mis deseos. Esos clientes son mi terror… Tengo miedo de que descubran mi departamento. Mi hija. Que la hagan sufrir para hacer sufrir a su madre. En nuestro oficio, se aprende bien rápido a desconfiar de los simpáticos. Suelen ser perversos temibles. O agentes del servicio de inteligencia. No voy a mentir: me obligaron a sacarle algo de información a clientes bajo vigilancia. Estuve en contacto con esa gente. No se vive en este país si no se denuncia cada tanto a alguien.

Pero los peores son los que son simpáticos de verdad. Los que te hacen pensar que habrían podido ser tu marido. Que le habrías dado mucho más por amor de lo que pueden obtener con su dinero. Es ese individuo con el que habrías podido pasear al borde del mar sosteniendo la mano de sus hijos. Ese contra el que te habrías acurrucado en una sala de cine. Ese que te hubiera secado las lágrimas con ternura abrazándote cuando las desgracias de la vida te hubieran destrozado. Ese es el peor de todos. Porque te hace tener esperanzas.

En casi treinta años de ejercicio, he sido el receptáculo de todas las frustraciones del mundo árabe. He representado para uno la policía arisca que terminaba por dejarse llevar, para otros la maestra que los humillaba frente a toda la clase. Y para otros también, una madre que sustituía a la que siempre los había despreciado. Pocos son los que me dejaron sintiéndome verdaderamente revitalizada. Sin embargo, es la primera función de mi culo.

Algunos, sin dudas más cómodos con ellos mismos, han saciado conmigo una fantasía divertida que les era propia. Eso los hacía felices, les dio ánimo para el día o la semana. Y les dejó un recuerdo emotivo, un reconocimiento sincero.

Por estos, como por todos los demás, desde hace mucho tiempo deberían otorgarle el Nobel de la asistencia social a mis caderas. ¿Dónde estaría el planeta si las putas no pusieran en el buen camino a millones de dictadores, de asesinos en potencia o de perversos patentados? Aspirando, al mismo tiempo que su leche, su violencia. Cuánto más se desahogan en nosotras, son menos crueles en la vida. Yo también participo en la lucha de esta nación que desea dar lo mejor de ella misma. Desde hace tanto tiempo.

No tengo ni fobia ni asco a los hombres. No vivimos simplemente en el mismo mundo. Nada más que eso.

10

Las sublevaciones se multiplican en el país; sin embargo, es difícil imaginar que el régimen va a caer. Las redes sociales están vigiladas, pero con medios tan irrisorios que se volvieron de inmediato los motores de la insurrección. Como sucede con frecuencia, el poder va a apostar primero por el deterioro de las revueltas, a prometer algunas medidas sociales para adormecer a los más crédulos, a riesgo de enemistarse con el FMI, que abusa de las recomendaciones que matan de hambre a los más pobres desde hace décadas. Y luego los opresores empezarán a preocuparse de verdad. Los arrestos masivos reemplazarán a las detenciones cuyo objetivo son los militantes de derechos humanos, los sindicalistas, los abogados, los periodistas. La tortura, las ejecuciones sumarias van a intensificarse.

Esta mañana, Eslimán viene a verme al estudio. Tratamos de reservarnos cada semana un tiempo para nosotros dos. Me cuenta mi vida en poemas. En estos momentos, la agitación que sacude al país monopoliza lo esencial de nuestras conversaciones. Eslimán es de un optimismo desconcertante. Yo, de una lucidez implacable. Pesimismo, según él. Elogio su idealismo, porque me parece hermoso poder seguir teniendo esa actitud aquí.

—Las multitudes me dan miedo, Eslimán. Son el peor enemigo del pueblo. ¿Estamos preparados?… El precio que hay que pagar por la libertad es tan alto. Una vez que la adquiramos, ¿qué vamos a hacer con ella?

—Nur, estás tan traumada por el régimen que ni siquiera imaginas que pueda existir una salida por fuera de él.

—También sueño con la democracia. Pero sin ilusión. No es para nosotros, los árabes. Mira nuestra historia.

—Mira nuestro futuro.

—Me gustaría… Pero la democracia y su demagogia… Mira la Europa de los años treinta. El pueblo, a través de las elecciones, llevó el nazismo al poder.

—Aristóteles lo dijo en su época: los demagogos desempeñan ante los pueblos el mismo rol que los cortesanos ante el rey… Pero no estamos obligados a llegar hasta ahí. ¡Mira el ímpetu de la juventud!

—Solo veo su candor, su sangre.

La efervescencia popular me preocupa cada vez más. Las multitudes siempre me aterrorizaron. Aunque su causa es justa. Aunque diseñan hoy perspectivas inesperadas. La libertad es una tentación permanente y una necesidad imperiosa. Sin embargo, me da tanto miedo como me permite soñar. En la tele, el Estado no muestra mucho de lo que veo en la calle. Multitudes cada vez más densas. Eslóganes escandidos en la alegría o una ira cada vez más viva. Saqueos. Disparos. Alaridos. Nuestra televisión nacional nos embrutece con noticias falsas, con programas que nos infantilizan. Internet y sus redes sociales amplifican todo. Es difícil hallarse en esta masa de informaciones contradictorias. Es imposible fiarse de los rumores que el pueblo divulga en su exaltación. Pero no se puede evitar creer en lo que observo en las avenidas de la capital. Ni preocuparme por la baja en el volumen de mis ingresos. Algo inédito está pasando en este país.

Pierdo clientes y encuentro otros nuevos más a menudo de lo que estoy acostumbrada. No me gusta renovar mi clientela. Sórdida o no, constituye mi cotidianeidad. Con sus inconvenientes. Casi sus costumbres. Sus sufrimientos y sus pequeñas alegrías. Su rutina asfixiante y tranquilizadora al mismo tiempo. Mis clientes habituales me dan seguridad, en cierto modo. Garantizan la estabilidad de mi nación. Incluso en su mediocridad.

11

Entre mis clientes recientes que a partir de ahora solicitan mis servicios regularmente, hay uno que me repugna y me desconcierta. Amín. Odio esos hijos de su papá. Me sorprende su edad, claramente inferior a la del promedio de mi agenda. Tiene veinticinco años, como Eslimán. No me dijo nada, pero como no es avaro consigo mismo sobre Internet es fácil saber quién es. El único hijo de una pareja de importantes comerciantes de la capital cuya fortuna dio un salto extraordinario en estos últimos años. Gente bien implantada en todos los medios que valen hoy. Amín me sorprende también por su evidente desinterés por lo que yo puedo ofrecerle. Tenemos sexo desde hace unas semanas, pero está siempre en otra parte. No hay razón para preocuparse por él: los negocios sobreviven a todas las repúblicas. Pero siempre parece apurado, haciendo malabares con los números, dando órdenes de compra, sermoneando a un proveedor para obtener un descuento. Nunca lo oigo hablar de negocios de menos de decenas de miles. Incluso conmigo, trató de negociar el precio. No dejé que me manejara. La crisis, sí. En oferta, no.

De instrucción básica, es poco delicado sin ser brutal. Habla rápido. Habla fuerte. Y se la hace chupar entre dos llamados, porque nunca tiene una erección espontáneamente. ¿Me ha mirado alguna vez? ¿Lo que acabo de hacerle le ha gustado, no le ha gustado? Nunca lo sabré. Se vuelve a vestir, deja la suma convenida, se va sin mirarme y sin nunca haber despegado los ojos de sus teléfonos.

En el fondo, Amín vale lo que tiene en el bolsillo, en dólares casi. Es el valor que se otorga. Que representa. Hijo de nuevos ricos, es una suerte de animal de feria. Aunque disponga de dinero sin saber qué hacer con él, es evidente que no aprendió nada de la vida. ¡Es necesario que muestre sus billetes! Un verdadero espectáculo en 3D: Desembolsar, Detentar y Dominar. Todo se satisface. Como a muchos, el dinero le compra una forma de conciencia. No una vida, eso no: estaría más bien desprovisto de lo interior. Pero una existencia, sí. Un atavío, para conservar su lugar. Mi cliente tiene tres teléfonos. Uno injertado en su billetera, para sus negocios, que suena sin parar. Otro injertado en su corazón, para su familia, que no suena nunca. Uno

injertado en sus huevos, para sus amantes y sus amigas. Chicas sin cerebro que abren las piernas para estar en la foto del sábado a la noche en la discoteca o aspirar coca.

Amín también tiene cuatro autos en los que se pavonea, bien acomodado atrás en los sillones de cuero. Nunca le pareció útil sacar el permiso. Brahim, una especie de primo, le sirve de chofer. Lo sacó a patadas en el culo de su campo. Si hay que presumir, más vale hacerlo primero con la familia. En especial con los que no han sabido salir adelante solos. Y ponerlos para siempre en deuda. Sumisos. Todo esto cubierto por una capa obscena. Pero no generosa. Tampoco hay que hacer tonterías. Por eso Brahim vive en la casilla del jardín con los perros del conserje. Es así, Amín. Aleja de la miseria a los que quiere, pero nunca los saca de ella. Es demasiado arriesgado. Cada cual, con su destino, después de todo. Lo dice sin vueltas: "No tengo instrucción, pero soy exitoso. Como mis padres. Los que son pobres es porque así lo quieren". No le pregunto lo que piensa de las mujeres como yo.

Una vez, este imbécil quiso sacarse una selfi juntos mientras me lo hacía por atrás. Es un estúpido, pero entendió lo que eso podría precipitar. Fue sensible a mis argumentos de inmediato. La difusión de la foto en la que lo podían reconocer solo podía perjudicar su reputación, y la de su familia. Provocar una baja radical en el volumen de sus negocios con su clientela musulmana. Amín sin dudas se preocupó menos por mi situación personal que por su situación financiera, pero lo esencial quedó preservado: de selfis no se habló nunca más.

Además, me di cuenta hace muy poco tiempo por sus intercambios telefónicos durante nuestras sesiones que anticipaba la tendencia política venidera. Actualmente ingresa de a barcos enteros todos los productos que aprecian los islamistas: *qamis, jilbabs*, turbantes, *hiyabs, burqas, burkiis*, capas celestinas, faldas largas, pasamontañas, pantalones *sarouel*, gorros *chachias, kohl*, los aplicadores *mirweds*, los cepillos *siwaks, ghutras, shemaghs, keffiehs, iqals, terbouchas*, jabón negro, aceite de argán y de oud, arañuela, perfumes de almizcle, Corán ilustrados, tapices para orar, rosarios, relojes para llamar al rezo… y hasta *qamis-jogging* de Vortex, imperdibles. Todo el arsenal, en síntesis…

Obviamente, ya apostó sobre la caída del régimen y la llegada al poder de los barbudos. Debe ser eso, el sentido de los negocios. El olfato. Esa cosa de la que Eslimán parece desprovisto.

Eslimán, justamente, me dio una sorpresa hoy. Una invitación a la orilla del mar. Me vino a buscar en taxi. Un cliente rico le dejó una buena propina ayer después de que lo volteó, caminaba casi de costado. Eslimán no tiene cabeza para ahorrar. Por eso gasta todo. Me invita a salir de compras, no se compra nada para él, me regala todo

lo que me tienta. Soy su princesa y él, mi caballero. Restaurante de frutos de mar. Caminata de la mano por la playa. El paraíso. Con Eslimán, todo es siempre gratis. Sin malos pensamientos. Me consiente como si cada día debiera volver a conquistarme. ¿Piensa? No. ¿Pero hay otra cosa? Sea como sea, no debía regresar demasiado tarde por Selma. Terminamos la tarde en un cine. Una comedia popular que nos hizo estallar a carcajadas. Nos divertimos como adolescentes en el fondo de la sala. Estábamos felices. Volví a casa con un algodón de azúcar en la mano.

12

Entendí apenas unas semanas después por qué Amín parecía aburrirse tanto cuando se acostaba conmigo.

Sabía que se había cruzado alguna vez con Eslimán a la salida de mi estudio. Eslimán me había hecho algunas preguntas evasivas sobre él a las que yo no había prestado atención. Tenemos la costumbre de compartir todo. Y sé qué le pasa cuando se enamora de un nuevo hombre. Al menos dos veces al mes…

Con Amín, como con los otros, no necesito estar presente para saber qué sucedió entre ellos. Incluso si cierro los ojos, puedo contar su velada. Porque, con Eslimán, siempre pasa después de que cae la noche. Siempre más o menos de la misma manera. Como un ritual, del que no participé, pero al que asistí algunas veces. Para comprender mejor a mi amante.

Eslimán se maquilló con mucha sobriedad. Para ocultar algunas arrugas, inexistentes en realidad, pero solo pensar en ellas lo aterroriza. Y para acentuar su mirada penetrante. Eligió un blazer sobrio, realzado con una corbata y mocasines. Se arregló para cruzarse con Amín durante la noche. Se invitó a su mesa. A las chicas que estaban alrededor del objeto de su deseo se les pidió que fueran a aspirar su droga más lejos y que la pasaran bien en la pista de baile. Eslimán le deslizó algunas palabras a Amín. De esas que le gustan particularmente, por su indecencia. Palabras, verbos, adjetivos, que dijo con profundidad. Amín estaba enganchado.

Al despertar, lo habrá asumido. O todavía no. Es su problema.

De los problemas de negocios, justamente, Eslimán está liberado desde hace mucho tiempo. El Chicago Blues, la discoteca donde suele llevar a sus clientes, está equipada con cámaras. Eslimán hizo un trato con uno de los mozos, un chico lindo con el que comparte la cama de vez en cuando. Así se protege de los golpes bajos de algunos, los más poderosos, que podrían lamentar el mal viaje y tratar de vengarse. Filmados, no están interesados en que se develen sus bajezas. En un país como el nuestro, hay que velar por nuestra propia seguridad. La manera no es siempre honorable, pero nos permite seguir con vida. En contadas ocasiones, Eslimán chantajeó a una víctima más frágil que

las demás. No escupe sobre el dinero. Esto le permite ser más generoso que la mayoría.

Me sugirió que equipara mi estudio con un dispositivo similar. Me negué en un primer momento, por temor a que alguno de mis clientes descubriera la maniobra. Y me lo hiciera pagar a un precio muy alto. Y luego pensé en Selma. En caso de que las cosas salieran mal, un chantaje modesto. Solo para que ella pudiera seguir con sus estudios. Nada deshonesto. Un seguro. Empecé hace cinco meses. Sobre la marcha, le daba los archivos de video a Eslimán para no guardar nada en casa. Para que Selma no pueda encontrarlos de casualidad. O para que, en caso de que me persigan, no encuentren nada en casa. Para que no le hagan daño a mi hijita. Ya hace cinco meses.

No me gustó hacerlo. No quiero hacerles mal a mis clientes. Pero nuestras sociedades nos hacen vivir tanto en el miedo. Y el miedo nos hace transgredir nuestra moral.

Y luego, un día, esperé un poco antes de confiarle a Eslimán mis videos. Compré un pequeño lector y, entre dos clientes, en lugar de mirar los consejos de belleza de Soraya en Canal 2, me dieron ganas de ver una tarjeta SD. Apenas empezó la detuve. Nunca había visto una película pornográfica. Mucho menos conmigo como vedette. De la que acababa de ver algunas escenas me parecía tan violenta, tan obscena… Sin embargo, ni siquiera había empezado. Todo me daba asco. Esa pobre chica, ni siquiera pensaba que era yo. Y ese depredador repugnante, que apoyaba la mano sobre su culo… Era demasiado.

Pero al día siguiente miré de nuevo el video. Varios minutos. Mi profesión me obliga a darles a mis clientes la sensación de que los atiendo de buena gana. Las putas tristes no atraen más que a los retorcidos. La sonrisa, la risa a carcajadas y las palabras de aliento son el *abecé* de mi profesión. Me lo enseñaron a los doce años a bastonazos. Y la experiencia, desde hace tantos años, me convenció de la precisión de esta impostura. Se volvió para mí como una segunda naturaleza. Pero verme reír así de mi depravación, en el momento mismo en que estaba sucediendo… qué vulgaridad. Desesperada. Mucho más que mi cliente. Me invadió una vergüenza irreprimible.

Lloré. Me arañé hasta que me salió sangre. No recé. Cancelé mis clientes. Hubiera podido volver más temprano a casa ese día. Pero no tenía el coraje de sostener la mirada de Selma o de Omar. Entonces vagué por la ciudad. Me quedé un rato delante de un liceo. Miré a las jovencitas que salían. Ellas también se reían de buena gana, como yo en el video. Me pregunté cuáles serían sus sueños.

Y de pronto me sentí aliviada. Volví al estudio. Volví a poner el video. Esta vez lo miré un rato largo. Me sentí libre, me sorprendí por desearme a mí misma. Empalmé las tarjetas SD. Me encontré eficaz, y

a mis clientes, patéticos. Me reí mirando cómo ese gran cerdo del gobernador me pegaba. Tan grotesco. No sentía los golpes. Solo piedad por ese pobre tipo barrigón. Haré que me pague más caro por pegarme, de ahora en más. No se merecía un culo tan lindo.

Es estúpido enamorarse de su propio culo. Fue lo que me pasó, sin embargo. Nunca tuve clientas lesbianas. Sí, una vez. Pero creo adivinar que algo en mí le dio miedo a esa mujer. Me pidió que me desvistiera, que me pusiera en cuatro patas y que no la mirara. Creo que se masturbó mirándome. Me pagó. Se fue. La vi por momentos en la televisión. Es una universitaria bastante conocida. Nunca tuve una experiencia lesbiana por mi propia voluntad. No me atrae. Solo Eslimán me cautiva. Siempre tengo miedo de que se enamore de verdad, algún día. De un hombre como Amín. Que podría hacerle vivir otra vida. Amín, ¿no es sin embargo lo mejor que podría sucederle? Un hombre joven, como él. Con dinero, un futuro. Que podría incluso irse con él para vivir en el extranjero. Hacer que lo editen. Ofrecerle la notoriedad que merece mi inmenso poeta.

Al analizar el video mis sesiones con Amín también me di cuenta de cuánto ese chico está en otra parte cuando está conmigo. No tanto por su negocio, como yo suponía. Sino porque trataba desesperadamente de satisfacer las expectativas de sus padres. De ser un macho hetero. Que sería un digno padre de familia, perpetuaría su apellido a través de las generaciones. Por más que el pobre Amín lo haya intentado mucho, eso que apenas había vislumbrado me saltó a la cara en esas películas. Eslimán lo notó a simple vista. Amín saldrá de su experiencia con Eslimán aliviado y orgulloso, o maltrecho y condenado. Pero esa es su propia historia.

13

Para mí, los negocios se mueven de ahora en más en cámara lenta. Estoy obligada a meter mano en mis ahorros. El señor gobernador ya viene solo de forma esporádica. Una sola cita hoy. Eyaculador precoz, sin una fantasía que hubiera podido costarle caro. Rápidamente despachado. Durante la hora que sigue, me marchito delante de la tele de mi estudio haciendo ejercicios de remo. Me atiborro con un pastel enorme. Hago zapping de un canal a otro, de un consejo de belleza a otro. Los canales árabes no escatiman en estas estupideces. Me encantan, me ayudan a descomprimir.

Para cambiarme las ideas, decido ir a husmear a las librerías buscando un libro sobre los movimientos colectivos. No para impresionar a Eslimán sino para comprender realmente lo que pasa en este país. La lectura es mi único verdadero pasatiempo. Volví a conectarme con ella hace muchos años. Entre dos clientes. En función de lo que acabo de padecer o me preparo a vivir. Recurro a tres purgaciones: los consejos de belleza de los canales árabes para vaciarme la cabeza, el rezo para purgar mi alma, la lectura para no reventar. La mayor parte del tiempo, ensayos filosóficos o sociológicos. Leo cada frase como si mi vida dependiera de ello.

Muy rara vez tomo el autobús. Me atrevo hoy. Siempre vestida con ropa amplia y discreta. Desfilan las paradas. La ciudad parece más tranquila. Solo nos cruzamos con dos agrupaciones de manifestantes. Los habitantes hacen sus compras. Las bocinas nerviosas resuenan cuando pasa el autobús. Me quedo dormida. De repente, gritos. Un altercado. No. Entiendo rápidamente lo que sucede. Una joven decidió no respetar las prohibiciones que nunca fueron escritas y arriesga su vida. Ropa corta, medias negras, tacos altos. Unos jóvenes de aproximadamente quince años la están manoseando. Insultos. "¡Puta sucia!" Nadie se mete. En nuestro país, desde el momento en que levantas la cabeza corres el riesgo de perderla. Me duele por ella. Entiendo. Siento lo que ella siente. Pero tengo la obligación de hacer que me olviden.

Probablemente no tenga veinte años. Se resiste. Rechaza las manos pegajosas, las lenguas babosas. Son unos diez. Un equipo de fútbol que

vuelve de entrenar. Algunos todavía tienen los botines puestos. La banda alterna obscenidades y halagos empalagosos. Varios le manosean los senos. Dos tratan de besarla. Uno de ellos le levanta la falda deslizando su mano hacia su sexo. Me levanto bruscamente y los insulto mientras me acerco. No sé si es mi cara roja de furia o el hecho de tener la edad de su madre lo que los impresiona, pero terminan por alejarse. Ella se acomoda la ropa. Nos sentamos una al lado de la otra.

—Gracias, señora. Esos jóvenes son unos monstruos.

—Jóvenes y estúpidos.

Se mata de risa.

—Me llamo Habiba.

—Encantada. Y yo, Malika.

—No sé cómo hubiera terminado. Solamente gracias…

—Por desgracia, no se va a terminar nunca, se la agarrarán con otra, un poco más lejos, en otro autobús. ¡Acá el acoso es un deporte nacional!

—La primera vez que me pasó, tenía diez o doce años, no lo entendí enseguida, creía que era mi culpa.

—Y así se entiende brutalmente lo que es el pasaje a la edad de la pubertad…

—Por las manos sucias de los muchachos que buscan sensaciones sexuales. ¿Usted es profesora?

—No, abogada.

—¡Ya no sé cómo vestirme cuando salgo!

—¡Podemos ponernos ropa larga, ancha, un felpudo, un mueble… somos un objeto de deseo en este condenado país!

—Deberíamos ir a la policía.

—¿A la policía? ¿Pero qué es lo que espera? A veces es imprudente hacer uso de nuestros derechos. ¡Si la hubieran violado, la condenarían a usted!

—Pero…

—Disculpe mi brutalidad. Ya sé. No le estoy diciendo que está equivocada. Solo digo que tener razón puede perjudicarla. El derecho es una cosa. La realidad, otra.

Habiba examina a la mujer que la ha ayudado…

—¿Usted cómo se vestía a mi edad?

—Es una larga historia…

—¿No quiere tomar un café conmigo?

—Tenía cosas que hacer, pero… Muy bien.

Pienso en esa otra chica que será agredida en unos minutos y no sé si alguien va a intervenir esta vez. Si la chica se atreverá tan solo a

respirar.

Nos bajamos en la parada siguiente. La mayoría de los cafés solo aceptan hombres. Tenemos que pasar por cuatro antes de encontrar uno en el que las mujeres están sentadas, algunas con un cigarrillo en la boca. El atuendo de la muchacha nos valió algunos comentarios y silbidos en la calle. Nos sentamos y pedimos un café. Detecto que Habiba deja ostensiblemente las piernas abiertas. Le sugiero que las cierre. No lo había notado, pero parece más descarada de lo que creía. Sin vueltas me dice:

—¿Conoció a muchos hombres, usted?

—A algunos. ¿No tengo cara de estar casada desde los quince años?

—No es lo que quería decir. Discúlpeme por ser tan directa, pero… ¿cómo es?

—Todavía eres virgen, ¿no es cierto? Y eso te está dando vueltas…

—Es normal, ¿no? No puedo hablarlo con mis padres. Mucho menos con hombres. Después de este incidente…

—¿Lo llamas “incidente”? Jovencita, ya es violación…

—¡En serio!

—Nunca dejes que alguien te haga lo que te hicieron hoy.

—Pasa todo el tiempo. Todas mis amigas vivieron algo así.

—Todas tus amigas lo vivieron… mal.

—Es verdad.

—¿Y tú?

—Los dos.

—¿Los dos qué?

—Lo viví mal. Pero quiero que se interesen en mí, en mi cuerpo.

—¿Por esa razón te comportas así?

—Usted habla como mi madre.

—Y como todas las mujeres que fueron jóvenes y que se volvieron viejas demasiado jóvenes. Preservate. Te voy a hablar con crudeza. Tienes derecho al deseo. Pero sentir placer tiene muy poco que ver con los hombres. Y nunca con los que son violentos.

—Leí en un blog que la emancipación de las mujeres pasaba por la sexualidad…

—Parece que hay algo en esa cabecita. ¿Qué edad tienes? ¿Estás estudiando?

—Dieciocho años. Estoy haciendo la carrera de literatura en la facu.

—¿Son tus lecturas las que te están dando vueltas en la cabeza?

—A veces…

Hace una inspiración larga, mirando a cada lado.

—Le va a impactar…

—Me sorprendería…

—No sé todavía si me gustan los hombres o las mujeres.

—Te pueden gustar los dos, pero tu vida será más simple en nuestro país si te gustan los hombres.

Esta chica llena de vida, de ganas y de entusiasmo me da alegría. Me hubiera gustado ser una joven como ella a su edad. Dios y mis clientes decidieron lo contrario.

—Pero no es lo único que hay en nuestras vidas. ¿No lo crees? ¿Participas en las manifestaciones, por ejemplo?

—Vamos, con amigas de la facu. Hacemos panfletos, los distribuimos.

—¿Qué reclaman?

—Que todo el mundo pueda estudiar. Que sea gratuito. Y que haya trabajo para los graduados. Y después todo lo demás: educación, salud, libertad, democracia…

—¡Nada menos! Bueno, tengo que irme. La cuenta es para mí.

—¿Volveré a verla, Malika?

—No, no creo.

—¿No le caigo bien?

—Claro que sí, pequeña. Incluso hablar contigo me hizo bien. Pero no soy la mejor persona para orientarte en la vida.

Habiba me agradece. La invito a vivir siempre libre, pero a seguir siendo prudente. Se despide. Apenas sale, ya escucho los silbidos y los insultos.

14

Al final del día, decido volver a pasar por el estudio antes de regresar al departamento y encontrarme con Selma. Mi breve discusión con Habiba me dio gusto, pero también me volvió a poner en la cabeza la ausencia de Eslimán. Y las inquietudes, seguramente sin fundamento, que van con ella. Siento que todo da vueltas a mi alrededor. Me suele pasar. Momentos de tristeza. Llamo a Omar para advertirle que volveré más tarde que de costumbre. Si Selma pudiera dormir en la tienda… Ella ahí tiene sus costumbres. Omar no duerme. Su negocio está abierto toda la noche. Cabecea en la entrada, detrás de la caja. Nunca hay mucho dinero. Muy pocas veces ocupa su cuarto detrás del negocio. A Selma le gusta dormir ahí. Los olores de las especias la calman.

Estoy tranquila por ese lado. Porque, del mío, las cosas están cada vez peor. La crisis está de verdad más violenta que lo habitual. Enciendo un porro para calmarme, pero no tiene el efecto esperado. Por lo general, prefiero no beber alcohol. Si pierdo la conciencia, corro el riesgo de perder la vida. Ya lo sé. Es la historia de tantas chicas, desde hace tanto tiempo. Doy vueltas en el estudio. Miro mi jeta en los espejos. Me veo vieja. Conozco esta necesidad de destruirme que me carcome en momentos así. Lo he combatido tan a menudo dentro de mí. Pero esta vez logro ponerle un nombre a mi angustia. Amín. De repente estoy convencida. Amín va a sacarme a Eslimán. Es obvio. Es seguro. Ya está hecho. Él es joven, yo vieja. Es rico. Es gay. No soy más que una mujer.

En otra época, aún reciente, me hubiera cortado. Pero decidí ser egoísta. Ser libre. Hace ya tres semanas que Eslimán no ha venido a verme, tres semanas que quedé privada de sus versos, de su mirada, de su ternura, de esos momentos en los que nos aislamos. Desde que Amín entró en su vida, sentí poco a poco que para él no era solo un capricho. Sus vínculos suelen ser intensos, pero, una vez pasada la ilusión, Eslimán vuelve a contármelos. Siempre el mismo. Eslimán siempre sufre un poco. Sé reconfortarlo. Pero ahora es diferente.

Ayer pasé por el Chicago Blues. Al cuarto de atrás. Los amigos de Eslimán desvirgaban a un efebo salido del campo para encontrar de

qué vivir. De una belleza que haría sonrojar incluso a una puta. Tenía dos posibilidades al llegar a la capital: gigolo para viudas ricas empolvadas o travesti. Su culo eligió por él. Enlazados, Eslimán y Amín contemplaban el espectáculo saboreando un whisky. Eslimán me miró, pero creo que no me vio. Aturdido por el alcohol, las ilusiones del deseo.

Esa noche decido no ser una víctima. Al salir del estudio, paso a comprar vino a un antro clandestino que conozco. Encerrada en casa, bebo un vaso tras otro. Me olvidé de recuperar a Selma en lo de Omar. Al caer la noche, al ver mi ventana iluminada, la acompaña hasta nuestra puerta. Como de costumbre, no quiso entrar. Un pudor ancestral que admiro en él. Flor de palabra, el pudor. En alguna parte de mí, subsiste. Lo necesito para sobrevivir. Esta sociedad también.

Bebo muy de vez en cuando. Es la primera vez, sin dudas, que Selma me ve borracha. Le enseñé a rezar. Soy muy estricta con ese tema. Sin ser repulsiva. Apenas le hablo a mi hija. La mando a dormir. En fin, lo intento. Ya que, desde lo alto de sus trece años, me da un curso de religión aplicado. Los estragos del alcohol, el Corán, los hadiz, el infierno. La insulto. Yo nunca lo había hecho. Me contesta. Ella nunca lo había hecho. Le doy una bofetada. Lo hice algunas veces. Corre por las escaleras. Vuelve con Omar. La alcanzo tambaleándome. Los vecinos se asoman a sus ventanas. Selma me insulta de nuevo bajo la mirada de Omar. Él me hace una seña indulgente con la cabeza acompañada con una sonrisa dulce que me tranquiliza. Pone su mano sobre la boca de Selma, que acepta esa mordaza. Me propone que ella vaya a dormir a su casa. Digo que sí. Y vuelvo a subir las escaleras maldiciendo a todos los vecinos del mundo que se deleitan con la desgracia de los demás.

Vuelvo a entrar a mi departamento. Busco en Internet el teléfono de los padres de Amín. Grandes comerciantes. Son conocidos. No se repondrán de esto. No por mucho tiempo. Los tenderos siempre se reponen de todo. Mientras no se metan con su capital… Por supuesto, para una familia en nuestro país, descubrir que su hijo es gay siempre duele un poco. La reputación. La imagen de marca. Les indico dónde pueden encontrar a su hijo. Les doy detalles sobre su vida homosexual. Descripciones crudas de lo que hace, de lo que le gusta. Les digo que soy una amiga de la familia que admira su éxito, que quiere lo mejor para ellos. Que desea permanecer en el anonimato. Cuelgo. Bebo. Me escupo en la cara mirándome en el espejo. Vomito.

Por la mañana, suena mi celular. El número de Eslimán. Al fin se acuerda de mi existencia. El poeta sin dudas no estará de ánimo para la rima. Pero no es él quien tiene en mano su teléfono sino Anuar, uno de sus amigos. Me cuenta su noche. Unos hombres sin escrúpulos irrumpieron en el Chicago Blues. Detrás de ellos, un gordo rubicundo

eructaba órdenes. Arrancaron a Amín de los brazos de Eslimán y lo arrojaron a un auto. El rubicundo dio una última orden y se abalanzó a su vez en el vehículo. Anuar recuerda solo por fragmentos, ya que todavía está conmocionado. Varios tipos rompieron todo lo que había en pie en la discoteca: hombres, mujeres, botellas, vasos, platos, ceniceros, mesas, sillas, sillones, Eslimán. Había tres que se ocupaban de él. Dos le separaron los muslos. El tercero le aplastó los testículos a patadas. Después lo dieron vuelta y le destruyeron el ano golpeándolo con botellas rotas. Lo dejaron en un charco de su propia sangre. Está en el hospital. Aunque va a salir adelante.

Cuelgo. Me miro en el espejo. Contemplo mi cara hermosa de cuadragenaria y paso el filo de la máquina de afeitar sobre la zorra en la que me transformé esta noche. Una sola pasada. Rápida. Desde mi ojo derecho a la comisura izquierda de mis labios. La sangre se desliza sobre el espejo. Cierro los puños y caigo hacia atrás.

15

Cuando me despierto, sostengo con firmeza la mano de Omar. El cuarto del hospital está iluminado débilmente. Me susurra al oído:

—Sí, por supuesto. Estoy seguro de que Alá ya la ha perdonado.

—¿Perdonar qué, Omar?

—No soy quién para decírselo. Desde que ha llegado aquí, usted me aprieta la mano y me pregunta sin cesar: “¿Alá va a perdonarme?”. Por supuesto que la perdona.

—¿Lo sabe?

—No sé nada. Pero Alá perdona siempre a los justos.

Las lágrimas me corren por la mejilla, haciendo arder mi herida que cruza en diagonal por mi rostro.

—La incisión es profunda pero el filo de una navaja de afeitar corta bien. Por eso se vuelve a unir mejor que cuando está desgarrado. No le tocó el ojo. Su nariz es la que está más herida. Los médicos dijeron que va a volver a tener su hermoso rostro, Nur.

—¿Sin cicatriz?

—No le puedo mentir. Pero podrá seguir practicando su profesión. Seguirá tan bella como siempre a pesar de esto.

—Usted lo sabe…

—Sí.

—¿Cómo?

—Estas cosas no siempre se saben. A veces, se adivinan. Selma no sabe nada, quédese tranquila.

—¿Me vio en este estado?

—No. Dormía en la parte de atrás de la tienda.

—¿Dónde está ella ahora?

—En el colegio.

—Gracias, Omar. ¿Cómo…?

—Ya no hable. Todos somos pecadores. No tengo lecciones para darle a nadie.

Aprieto su mano tan fuerte que podría quebrarle un dedo. Sonríe, solamente, y me hace prometerle que voy a descansar.

Se ocupa de Selma los días siguientes. Para justificar la presencia

de la cicatriz que atraviesa de ahora en más mi rostro en diagonal, Omar ha dado como pretexto un accidente, para preparar a Selma cuando me vea lastimada así. Nunca le diré que yo misma me hice esta herida.

Recién vuelvo a ver a Eslimán dos semanas después de esa noche terrible. En mi estudio. Camina todavía con dificultad. Desde el momento en que me ve, me toma en sus brazos. Y solo se preocupa por mí, por mi salud, por Selma, de la que le he hablado a menudo y que solo ha visto en fotos. Y por ese almacenero tan encantador, Omar. Acaricia con ternura mi cicatriz y me dice que estoy magnífica. Todavía más agraciada. Y luego me cuenta sobre la revolución. Ahora que le arrancaron a Amín, está motivado como nunca para un cambio total del régimen y de la sociedad. Decidió lanzarse él también a la lucha. Moderar un video blog sobre la sublevación. Entregar sus más hermosas palabras a la insurrección, al desorden, a la subversión. Para que cada una y cada uno tenga la valentía de ser. Para decir la libertad también. La de la moral. La del pensamiento, sobre todo. Cree en ella, en su revolución. Pero todo eso me da miedo.

Eslimán tuvo noticias de Amín por una de sus hermanas. Está bien. Sus padres le dieron una paliza. Lo humillaron. Y después lo perdonaron. Este desliz de juventud formará por siempre parte de las cuentas de un pasado que de ahora en más está terminado. Pronto va a casarse. Los padres de la novia están de acuerdo. A ella no le preguntan mucho su opinión. Una hija de grandes comerciantes que se casa con un hijo de grandes comerciantes, eso hará nacer un linaje de comerciantes muy grandes. *Ite missa est.*

Antes de despedirnos, quiero confesarle lo que le he hecho. No tengo el coraje. Volví a encontrar a mi poeta. Me estrecha entre sus brazos. Perdió un testículo. Quiero ver. Es extraño. Sorprendente pero no feo. Insiste en tranquilizarme. Soy feliz. Eslimán se sienta a mi lado. Me toma de la mano. La aprieta bien fuerte. Lo volví a encontrar. No sé si es la prueba que acaba de vivir. No sé si son las otras tribulaciones que nos esperan en este país en plena rebelión. Pero me dice que quiere estar aquí para mí. Para mi hija. Me dice que de ahora en más estará aquí. Que ya no habrá más ausencias. Mi Eslimán está de vuelta. Yo también le aprieto las manos. Con lágrimas en los ojos. Y con el sentimiento amargo de ser una puta además de una zorra.

Ironía de la historia, o ayuda del destino, para respaldar a su hijo en el camino de la heterosexualidad, los padres de Amín decidieron confiar su reeducación a una prostituta. Una experta, lo más discreto que existe. Y entonces así una tarde recibo a Amín, a su padre y a su madre para discutir sin rodeos lo que conviene abordar, y con qué tarifa. En terreno conocido, Amín respira mejor. Por mi lado, estoy

decidida a volver a llevar al joven por el “camino correcto”. Perdón, mamá. Nunca te educaron, pero siempre fuiste correcta, buena. Fracasé ahí donde tú brillaste.

16

Hace tres semanas que retomé el trabajo. Mis clientes no se asustaron por mi cicatriz. A algunos los excitó. En la capital, los levantamientos cada día toman más amplitud. Eslimán ofrece ahora su contribución a través de su video blog. Todos los días es más difícil llegar hasta mi estudio. El poder ni siquiera trata de ocultar las huellas de los enfrentamientos nocturnos. Barricadas dañadas y carcazas de vehículos volcados se acumulan en la ciudad. Tanques solitarios, con las torretas abiertas y humeantes, son los testigos poco locuaces de la violencia nocturna. Los combates se libran con las únicas órdenes de lo arbitrario y las casualidades del infortunio. Incluso en pleno día, la gente corre por las grandes avenidas, por las callecitas. Hay tiros. Se forman grupos que luego desaparecen. Los rebeldes tienen como objetivo al ejército. Desgracia a quien caiga en manos de los militares. Los gritos de los torturados atormentan a los torturadores. Entre estos, pocos están convencidos de su lucha, de sus métodos, de la culpabilidad de sus víctimas. Desgracia también a quien caiga en manos de los insurgentes. La multitud no es partidaria de los juicios prolongados.

A veces, hay que pasar por encima de un cadáver. Calcinado a medias o con los miembros desarticulados. Ese ya no tiene cabeza, pero todavía se aferra a una pancarta que ha bebido su sangre. Rezo por él y su familia. En la calle, el ataque sucede con rapidez y la retirada ocurre con la misma rapidez. La gente se esconde dentro de los comercios, en el hueco de las escaleras. Se refugian en lo de un amigo que tiene una consola de juegos, alcohol, hachís. El instinto nos vuelve alertas, precisos, rápidos. Los muertos y los heridos se acumulan. La agonía en cada esquina.

Como las divinidades antropófagas, la libertad requiere sus sacrificios. Y el pueblo no escatima en mártires. No hay desempleo cuando se necesitan héroes. La ofrenda de sí a los ideales colectivos, sean cuales sean, es un mecanismo que funciona en pleno régimen. Los más suertudos tendrán su patrimonio en una placa deslucida en la calle. Algunos, un apellido en una lista interminable en un monumento. Casi todos serán olvidados. Aunque habrán contribuido a

escribir las páginas que serán el orgullo de los vivos.

Por lo demás, aunque siempre hay fortunas por hacer en los peores momentos de crisis, la economía del país está en su peor momento. Mi actividad sigue desmoronándose. El miedo hace que la libido se contraiga. El turismo ha caído también. Muy pocas veces tengo clientes extranjeros con mi sistema de recomendaciones. Pero desde hace algún tiempo acepté a un periodista de Washington que me envió el jefe de redacción de uno de nuestros diarios locales. Un cliente sin historias. Negocio sencillo. Me tiene al tanto de los rumores. De los que no se pueden escribir en un diario en un país con la prensa amordazada. Pero se los puede confiar a su puta habitual, aunque siempre existe un riesgo de que ella trabaje para la seguridad interior.

Mi cliente me habla en inglés. Cubre los “acontecimientos” bebiendo scotch y teniendo sexo con putas. Es el tipo con menos complejos con el que me crucé en mi vida. Cool, estadounidense… Una caricatura. Ni siquiera oculta su alianza. Me muestra fotos de su mujer y de sus hijos justo antes de jugar conmigo. Soy su fantasía oriental. Estamos de vuelta en la época de las colonias. En la época en la que los soldados desmoralizaban a las colegas mayores de mi madre. El micrófono y la cámara reemplazaron la granada y el fusil. Pero las manos que se cierran sobre la carne siempre están muy seguras de sí mismas. Esa omnipotencia exultante por ver cómo dominan el mundo. Hasta la náusea.

Este es una especie de chico alto y pedante de unos cincuenta años. Con la mandíbula cuadrada. Con las muelas carniceras sorprendentemente blancas. Jovial, casi podría parecer simpático. Riéndose de los juegos de palabras en inglés de los que en realidad no comprendo el sentido. Creo que su gira de putas para él también es una manera de informarse sobre la situación. Sobre el estado profundo del país. ¿Acaso no somos nosotras la cloaca de todos los lamentos de esta sociedad? Después de haber eyaculado, me hace preguntas. Toma notas sobre lo que digo en un cuadernito gris. Soy prudente. Le saco banalidades como: “La revolución está bien para algunas cosas, pero a veces las tradiciones tienen también algo bueno”. Creo que no lo engaño. Me explica que, por el lado del sexo, le gusta de mañana, y me saca un fajo de billetes.

Una vez vacío, se acomoda en mi sillón y me pide una cerveza. Este tipo en todas partes se siente como en su casa… Se pone a escribir frenéticamente sobre una minúscula notebook, con su cuadernito abierto justo al lado. Me limpio y me pongo una bata para encontrar un aspecto cómodo. Él, siempre desnudo, marca un número en su teléfono. Dicta en inglés su informe para la edición vespertina. Anglófona tanto por elección como por necesidad, entiendo solo lo básico: “La ‘primavera árabe’ es un neologismo vacío de sentido. Los

árabes solo conocen el verano y el invierno. Ningún matiz. Si es posible lamentar la brutalidad del régimen actual, también sabemos cuántos poderes autoritarios son un escudo contra el fundamentalismo. Algunos se marean con el perfume de la revolución, pero ninguna cancillería occidental puede mirar sin temor la probable subida y ya en parte visible de los Hermanos musulmanes. En plena revolución, esta sociedad da un giro completo sobre sí misma y se sumerge en su pasado. Lejos de querer emanciparse, quiere restaurar los tabúes arcaicos: la ilusión de una sociedad musulmana ideal es más fuerte que las luces de la modernidad. Como me comentaba una de las eminencias grises del poder…". El estadounidense me pregunta:

—¿Cómo te llamabas?

—Eh, ¿quién? ¿Yo? Y… Malika.

Dicta de nuevo, retomo, *Mary, ¿está ahí?* Sí, entonces: "Como me comentaba una de las eminencias grises del poder… para no ponerla en peligro, la llamaremos Malika: 'La revolución está bien para algunas cosas, pero a veces las tradiciones también tienen algo de bueno'. Este testimonio resume por sí mismo la problemática actual de los países árabes y, en particular, para esta nación. ¿Cómo es que este pueblo privado de tradición democrática va a poder resistirse al ascenso de los barbudos? Solo puede ser seducido por los discursos simplistas teñidos de un racismo antiblanco convencido: el colonialismo sigue siendo el chivo expiatorio ideal y Occidente no deja de ser estafado a causa de este episodio de la Historia. Sin embargo, nosotros que hemos aprendido de nuestras revoluciones podemos decirles: allí por donde pasa la religión, muere la libertad".

Por un momento me pregunté sobre su identidad de periodista. Pensé que era un agente de la CIA. En nuestras calles, tenemos tantas chances de toparnos por azar con un espía de un servicio extranjero como con un espía de la seguridad interior. Sin nunca saber quién alimenta a quién. Quién manipula a quién.

Mi estadounidense se despide saliendo con un alegre "*Bye Bye*!" y dándome una última palmada en el culo.

No me apasionan estos extranjeros. Cada tanto, se desorientan. Dejo que me traten de "zorra" o de "puta sucia" en lenguas diferentes con a veces acentos melodiosos. Se viaja como se puede. Los turistas que han desertado del país son para mí una verdadera pérdida de beneficios. Las revoluciones apenas agobian las restricciones del pequeño comercio. Los ahorros subterráneos se crean y se vuelven a crear según lo que se necesite. Pero mi profesión precisa una estabilidad, una serenidad, un buen vivir. Las revoluciones y las profesiones arriesgadas no hacen una buena combinación.

La llegada masiva de las pequeñas hambrientas a mi sector de actividad es una tragedia. Dispuestas a todas las bajezas por un pedazo

de pan. La carne fresca excita al cliente. A mi edad, ya no es fácil conservar la clientela… No, decididamente las revoluciones son poco caritativas para la gente común y los independientes. Y, además, ¿por qué pagarme? En estos tiempos confusos, la violación es la normalidad de tantas mujeres. Durante las revoluciones, solo hay que aprovecharse.

17

El señor gobernador reaparece. Sin aviso. Con su cara de mal día. Me va a costar caro… Pero lo importante es que el dinero va a volver a entrar. Pero algo en él ha cambiado. Se diría que lloró. Sus hombros están más caídos que de costumbre. Parece avejentado. Lo que más me sorprende es su fantasía de hoy. Me pide que le inflija un castigo. Que invirtamos los roles. Me asusta. Pero insiste. Dice saber que yo lo hago con otros clientes. Trato de convencerlo de que un gobernador no puede dejarse humillar así. Me da una serie de bofetadas, me trata con sus habituales “zorra”, “puta sucia”. Me da un par de esposas y el látigo. Ve que sigo dudando. Se desviste. Trata de atarse él mismo al radiador. Me suplica. No entiendo lo que está sucediendo. Me escupe en la cara. Y esta vez insulta a mi madre. Me da detalles sobre ella que seguramente leyó en un expediente de la seguridad interior. Cosas denigrantes. Tiemblo, sigo resistiendo. Pero él insiste. Quiere sangrar. Está dispuesto a pagar una fortuna para que su sangre se mezcle con sus lágrimas. Pienso en la escuela de Selma. Pero me niego de nuevo. Demasiados riesgos. Un gobernador… Entendió que tendrá que decir más cosas para que yo acceda. El mundo se desmorona bajo mis pies cuando pronuncia el nombre de Selma. Este cerdo sabe que tengo una hija.

Tomo el látigo. Cierra espontáneamente los ojos. Golpeo con todas mis fuerzas. Ya no me pertenezco. Acompaño cada golpe con un insulto, con el nombre de mi madre. Vuelvo a ver a Nejma, a esas miles de chicas violadas que están en la primera plana de los diarios y a todas esas víctimas de los abusos del poder. Y, sobre todo, estoy paralizada por el rostro de Selma, omnipresente en mi furia. Golpeo durante varios minutos. En ningún momento él me pide que golpee más fuerte. Desde el primer golpe se ha sobresaltado. Termino con patadas en sus glúteos flácidos antes de aplastar sus testículos entre mis dedos. Tiro con un golpe seco de su escroto y luego lo suelto. Lanza una especie de grito sobreagudo y se desploma contra el radiador. Me sofoco. Me duelen los hombros, los brazos, los dedos. Estoy bañada en sudor. Lentamente vuelvo a recuperar la lucidez. Y de repente, entiendo lo que está sucediendo.

Lo sacudo violentamente. Él empieza a aullar. Lo lamento por los vecinos, mi reputación, mi negocio. Lo peor que me podría pasar: que palme un cliente. Habría que avisar a la policía. Selma descubriría todo. Quedaría herida para siempre. Hija de una puta, eso te arruina la vida. Pero siempre hay algo peor. Que un personaje de alto rango muera en mi cama. Y, peor todavía: que muera por los golpes que le di. Ya no es solamente la infamia sino una promesa de torturas. De una muerte violenta, con el corazón palpitante. Selma.

Sacudo al gobernador con todas mis fuerzas. Apesta a sudor, a sangre, a pis. Lloro, grito, lo golpeo. Grito el nombre de Dios implorándole. Me duele por todas partes. Estoy exhausta… Termina por moverse. Apenas. Abre los ojos. Ausculta el techo con la mirada. Hace una mueca. Piensa rápido, el señor gobernador. Analiza rápidamente la situación. Su situación. Se da cuenta de que el juego fue demasiado lejos. Encuentro la energía suficiente para empujarme hacia atrás. Me golpeo la cabeza con el pie de la cama. Se levanta con dificultad, pero termina por erguirse. Para volver a caer enseguida hacia adelante, tomado por el dolor. Lleva la mano a sus huevos haciendo una mueca. Olfatea su camisa embebida en sangre, en orina. Se coloca frente al espejo, descubre sus heridas. Se vuelve hacia mí, me da una bofetada violentamente, me levanta la cabeza, me lame la mejilla, me escupe. Y luego me tira un puñado de billetes a la cara. Un bonus.

Medio inconsciente, lo escucho lavarse, secarse, volver a vestirse. A gemir. Lo diviso a través de la puerta del baño mientras se ajusta el pantalón sobre su enorme vientre. Camina con torpeza, pero parece extrañamente tranquilo. Me mira. Entonces me besa con ternura y sale del estudio. No logro odiar a este hombre que encarna, sin embargo, todo lo que arruina a nuestra nación.

Me lavo de toda esta mierda. Hago mi gran ablución, abro mi tapete de rezo, lo oriento hacia La Meca. No es la hora del rezo, pero tuve tanto miedo. Entre lágrimas, me entrego a Dios. A la imagen que me hago de él. Una suerte de Omar. Barbudo, jovial, bondadoso. Si el gobernador hubiera muerto por mis golpes, habría padecido tormentos apenas imaginables. A mi hija también la habrían torturado para obligarme a hablar. Pero yo no habría podido decir nada más que la verdad. “Soy solo una puta, no una insurgente. El gobernador me forzó a…” No me hubieran creído. La violación de mi hija hubiera sido mi última visión en este mundo. Y luego me habrían degollado. Nunca le agradeceré a Dios lo suficiente por habernos ahorrado ese día.

18

A pesar de la crisis, recibí a tres clientes más, justo después del señor gobernador. Siempre es así de atareado. Termino la jornada con la espalda y el brazo insensibilizados. Tengo contracturas. Pero tengo de nuevo con qué vivir por un tiempo y con qué pagar la escuela de Selma.

Vuelvo a casa. Para llegar, el taxi debe hacer un desvío cada vez más grande porque muchos barrios están ahora en manos de los insurgentes. Ya es de noche. Se escuchan los disparos, los gritos de alegría. Nos seguimos cruzando todo el tiempo con grupos con pancartas y los puños levantados. Como cada día, un espeso humo negro sube desde el centro de la ciudad. Su olor entra en el taxi. Esta noche es particular. El régimen intenta una nueva jugada. Una contramanifestación podría recuperar su prestigio. En cientos de autobuses, trajeron del campo a pobres diablos que aceptaron unas pocas monedas para venir a gritar los eslóganes de apoyo al tirano.

Aparecen en continuado por los canales nacionales. Los verdaderos manifestantes, hostiles al poder, rápidamente habrán de dispersar a esos campesinos con cócteles Molotov y con varas de metal. Esas tropas están muy mal pagas. Bajo la dirección de polis vestidos de un civil aleatorio. No me animo a hablar de los acontecimientos con el chofer. Él tampoco. Ya no se sabe quién es quién. Ya no era simple antes…

Selma me da una linda sorpresa. Su boletín de notas del trimestre es el mejor de todo el colegio. El consejo de clase tuvo lugar hace diez días, pero acabamos de recibir el correo. Para festejarlo, Omar nos preparó una comida de príncipes. Traté de hacerlo venir a comer con nosotras, pero su pudor le impidió cruzar nuestra puerta. Nos saluda desde su tienda. Selma se preocupa un poco al verme contracturada. Le doy la excusa de haber abusado de los remos. Me lee su última redacción. Le pido que me cuente uno de los relatos de Omar y me quedo dormida en sus brazos.

Por la mañana, ni siquiera la escucho salir. Me despierta el teléfono. La mañana comenzó hace rato. El gobernador. Quiere verme a toda costa. Con extrema urgencia. Habla rápido. Fuerte. Temo que

no cambie de opinión y finalmente haya decidido hacerme pagar muy caro esa sesión. Pienso en Selma. Me visto frenéticamente. En menos de una hora estoy en mi estudio. Él llega unos minutos después. Mientras su chofer estaciona el auto, observo que no es el rutilante auto estadounidense de costumbre. El señor gobernador no está mucho más reconocible que las otras mañanas. Sus anteojos de sol y su ropa común y corriente le aseguran cierta confidencialidad. En general, sacrifica ese relativo anonimato por lo llamativo de su coche. No puede evitarlo. No en esta ocasión. Me aseguro de que ningún agente de la seguridad interior tenga la posibilidad de detenerme. Trato de razonar. No debería preocuparme. Se fue en buenos términos. Al entrar al estudio, me anuncia de inmediato que no es prudente de su parte pero que no se pudo resistir al deseo de tener sexo conmigo por última vez. Para tranquilizarme instantáneamente, él me aclara que no corro ningún peligro. No hay malentendidos. Es él el que se va. Abandona el país.

Llegó muy animado, como si todavía fuera gobernador. Sin embargo, no logra tener una erección. Su sexo se ovilla sobre sí mismo. Su látigo se transforma en un grotesco pañuelo que saca de su bolsillo. No se larga a llorar, pero si yo soplara sobre él se transformaría en una nube de cenizas. Mi cliente más grande, en todos los sentidos del término, se las toma. Me anuncia la caída del régimen. En unos días. Debería estar entre las primeras víctimas del pueblo. Su mujer y sus chicos ya se han ido. Con la mayor parte de su dinero. La necesidad es ley…

Este malnacido está explicándome que quiere tener sexo gratis. Que no tiene ni un billete para persuadir a su chofer de ponerlo a salvo del otro lado de la frontera. Se queja de que sus contactos occidentales lo han abandonado, en particular los franceses que venían a mantener su bronceado al borde de su piscina cada verano. Y, a quienes, invariablemente, les ofrecía un reloj pulsera de lujo, y también un adorno de diamantes para sus esposas o sus amantes.

Pensar en Selma y Eslimán me impide darle la estocada final. La magnanimidad es la riqueza de los sabios y de los cultivadores de rimas. Voy a buscar un fajo de billetes, garabatea el nombre de una amiga, una dirección. El gobernador estará seguro y podrá huir al extranjero por esta vía. Pero hay que pagar un precio. Modesto. Solo un nombre. Agarro al gobernador con las dos manos.

—Dígame quién le informó de la existencia de mi hija.

—Ya no sé. Hay tantos expedientes…

—¡Dígame quién es el canalla!

—¿Para qué?

—Voy a hacerle pagar un precio alto a esa rata.

—Es uno de nuestros mejores elementos… nos ha dado miles de nombres. Y algunos terminaron muertos.

—¿Un agente de los servicios?

—No, un informante diligente.

—Generosamente remunerado…

—No que yo sepa. Creo que denuncia por vicio más que por necesidad.

—¡¿Quién es?! ¡Su nombre! ¡El nombre de ese cabrón!

—Tiene una tienda.

—¿Dónde? ¿En qué parte de la ciudad? ¿Cerca de mi estudio? ¿Es un tipo con el que me cruzo todos los días por acá?

—Es de tu barrio. Omar, creo. Sí, así se llama. Omar.

Con la boca abierta, la respiración entrecortada, suelto al gobernador, que se hunde contra la cama. Continúa:

—Le tiró mucho de la lengua a tu hija para tener información sobre ti. Quédate tranquila, no le hizo ningún daño. Su método personal es la dulzura.

Me explotan las tripas.

—Él… ¿La tocó?

—No, no creo. No creo que le interese eso, las nenitas.

Respiro cada vez más fuerte. El gobernador se deleita. Siempre tengo una bomba antiagresión conmigo y también un cuchillo. Degollaré a esa basura de Omar. El gobernador me agradece por mi ayuda. Me mira unos instantes. Baja la mirada y sale del estudio.

Esta vez no tomo ninguna precaución. Dejo mi maletín, tomo solo mi cartera y salto dentro del primer taxi. Estamos obligados otra vez a hacer un desvío para evitar los barrios más agitados. Nos cruzamos con hordas de manifestantes. A veces, a lo lejos, una humareda espesa sube por entre los edificios. “Los edificios oficiales”, según el chofer. Él también debe seguir trabajando a pesar de las circunstancias. Me cuenta que ya tuvo que llevar varios heridos al hospital.

Dejo el taxi detrás de mí, a la entrada de mi barrio. Llego corriendo a mi calle, con la mano en la cartera, preparada para golpear. Pero, apenas en la avenida, descubro un tumulto, una ambulancia, dos vehículos policiales. Unas volutas negras se escapan de la tienda de Omar. Grito:

—¡Selma!

Mi hija surge de un grupo de curiosos. Reconozco a la vecina que la tiene de la mano. Selma se lanza a mis brazos llorando.

—Mamá, ¡mataron a Omar! ¿Por qué lo hicieron?

Cierro mi cartera. Selma se acurruca contra mí.

—¿Por qué, mamá?

Un vecino con el que ya había intercambiado algunas palabras me muestra las inscripciones que los asesinos han dejado sobre la fachada de la tienda: *Seguridad interior. Traidor a la causa del pueblo*. Me explica que las llamas alertaron a los vecinos. Cuando llegaron al lugar, Omar, degollado, yacía en su propia sangre.

Estoy tan dada vuelta por todo lo que acabo de vivir que ni siquiera pienso en preguntarle a Selma qué es lo que hace acá en lugar de estar en el colegio. Espontáneamente me ofrece una excusa demasiado obvia que me trago sin parpadear. Y se va para volver a sus clases. Paso la primera parte de la tarde durmiendo, con la ayuda de un somnífero.

19

Cuando me despierto, tomo conciencia de todo lo que acaba de pasar. La partida del gobernador. Omar. Su ejecución. Consulto Internet. Las llamadas internacionales y la red están cortadas a ciertas horas por el poder; todo parece funcionar de nuevo unas horas más tarde. Trato de mirar el último video de Eslimán. Por lo general transmite en diferido, esta vez es en directo. Eslimán es entusiasta. Habría dos millones de personas en las calles. La caída del régimen sería inminente. Difunde las imágenes grabadas por celulares. Se ven multitudes alborozadas, enfrentamientos, inmensos carteles con eslóganes revolucionarios y estatuas, símbolos del poder, derribadas. Cadáveres de soldados. Cadáveres de manifestantes. Edificios en llamas. Tumultos alrededor de las mezquitas después del rezo colectivo del viernes. Paralelamente, por cadena nacional, las autoridades declaran que ya no tolerarán ninguna aglomeración y que todos los disparos se harán de ahora en más con balas reales. El poder ya no puede ahogar las manifestaciones que se han extendido por todo el país. Solo le queda el terror. Qué sorprendente enfoque sobre nuestro país es el de estas dos fuentes de información tan poco fiables la una como la otra, que miro al mismo tiempo, amplificando la esquizofrenia que golpea a cada uno de nosotros desde hace tantos años.

Fascinada por la ebriedad de estas multitudes alegres que contemplo en Internet, me entran ganas de acercarme a ellas. De estar ahí, yo también. No para vanagloriarme más tarde por haberme unido al movimiento —como muchos, cuando ya todo parece haberse jugado —, sino para respirar mi país. Se despierta a la libertad. Me pongo una ropa amplia que me permitirá correr. Bajo corriendo las escaleras. Tengo la impresión de ser una adolescente. Seguramente, la multitud me abrazará y yo la abrazaré también. A unas calles de casa, un grupo de un centenar de personas camina a buen ritmo escandiendo el eslogan más famoso del momento: “¡El poder al pueblo, el pueblo al poder!”. Me sumo al grupo. Me fundo con él.

Pero vuelvo rápido a la realidad. Ya hemos sido absorbidos por una banda más importante y visiblemente mejor entrenada. Me empujan unos manifestantes apurados. Las revoluciones no están

hechas para los soñadores. Vociferan. Los matices no tienen ningún espacio acá.

Mi inquietud ha dado paso a la exaltación. Este compartir libertad y revuelta me hace bien. No solo enfrento al régimen. También están todas mis heridas. Nos cruzamos con unos manifestantes que caminan en sentido inverso y llevan apósitos, vendajes, muletas. Cae la noche y avanzamos entonces desafiando el toque de queda. Muchas paredes tienen pintadas. Los artistas también hacen su revolución. Con realismo, humor o fantasía. Entre la multitud circulan eslóganes de toda clase, retomados de forma colectiva o simplemente inscriptos sobre carteles individuales. Algunos piden cualquier cosa en verdad. Un coche nuevo, un trabajo para un primo, almohadones de terciopelo para una suegra reumática. El derecho a importar legalmente cocaína, un mercado conocido entre nosotros por estar en manos de los militares. El pedido de prohibición del repudio y de la poligamia, que lleva un grupo de mujeres, no encuentra eco alguno.

Mujeres, justamente, me parece que hay muchas en la calle. Mucho más de lo que tolera por lo común la sociedad. De todas las edades, de todas las condiciones. Han desafiado la prohibición familiar para ir a las manifestaciones. Llevan pañuelos y ropa amplia. O, muy por el contrario, ponen en valor sus formas. Poco importa. Están juntas, de la mano.

Simpatizo con una de ellas. Debe tener al menos sesenta años y renguea ligeramente. Entendió incluso antes que yo empiece a hablar que era neófita en el movimiento.

—Hace cuarenta años que espero días como estos. Renga o no, tenía que estar acá. ¡Para deshacerme del tirano!

—¡Y de los hombres!

—Son los mismos, ¿no?

Sonríe y me toma del brazo. Ceo que a pesar de su entusiasmo está un poco cansada. Desaceleramos el paso. Nos tuteamos muy rápido. Se llama Hind. Enseña derecho en la universidad. A ella también le miento diciéndole que me llamo Malika. Evito, en cambio, hacerme pasar por abogada.

—Sabes, Malika, hay muchas mujeres de las villas miseria en el movimiento. No necesitaron de las redes sociales para movilizarse. Hace mucho tiempo que son autónomas. Sus hombres se fueron a buscar trabajo a otra parte. Se organizan entre mujeres. Sus chicos y ellas viven en la miseria.

—Emanciparse siendo explotada… Nada se les perdona a las mujeres.

—Siempre fueron las primeras víctimas de todo: de la paz, de la guerra, de las revoluciones, de los religiosos y de los laicos… De

hecho, cuando lleguemos a la plaza de la Nación, por ninguna razón sueltes mi mano y apriétala bien fuerte. Cada vez hay más violaciones.

—¿En la plaza? Pero los manifestantes están unidos por…

—No están unidos por nada. Y sobre todo no por el respeto a las mujeres. Los militantes no son los que hacen eso sino los oportunistas. Están ahí para estar del lado bueno, el que empuña el bastón. También hay infiltrados del régimen que tratan de desacreditarnos. Y hay islamistas que quieren aterrorizar a las mujeres y desalentarlas de existir públicamente.

—Pero en medio de estas decenas de miles de personas, no es posible…

—Sí. Suelen ser grupos de hombres jóvenes. Detectan a su víctima entre la multitud. La rodean, la separan de sus amigos y luego se abalanzan sobre ella. Ya censamos más de diez violaciones. A las chicas las agarran del pelo y las arrastran por el piso, las violan en una calle adyacente. Golpeadas, a veces heridas a cuchillazos.

—¿Y nadie hace nada?

—Sí. Hay quienes intervienen de forma espontánea. Pero rápidamente los superan en número. A varios los han herido. Se han constituido grupos de voluntarios. Suelen ser barbudos. Protegen solo a las mujeres violadas. Nada es fácil, ya que es caótico… Uno de ellos ha reconocido a un provocador del régimen. Otro cree que su mujer ha tocado la mano de un manifestante. Y a otro lo manoseó otro hombre. Algunos se pelean por cuestiones políticas. Fulano pretende que el vendedor de sándwiches no le dio el vuelto. A otros los despojaron de su dinero, golpeados sin ninguna razón aparente. Sabes, pasaron tantas cosas en esta plaza desde el inicio de los acontecimientos… Vi militares animarse a pedir certificados de virginidad a las manifestantes y expulsar a las solteras incapaces de entregar uno por considerarlas prostitutas. Los grupos de islamistas las golpeaban, les escupían. Hubo de verdad que organizarse para mantener a todos esos locos a distancia. Por desgracia, nunca están lejos.

—Y lo estarán un poco menos si logramos algún día votar democráticamente.

Llegamos a la plaza de la Nación, que los insurgentes ocupan día y noche desde hace unos diez días y que se ha transformado en el pulmón de la revuelta. Su barómetro. Esta noche, me dice Hind, hay todavía más gente que los días anteriores. La excitación está por todas partes. La tensión también. Del lado opuesto de la plaza, los blindados y los cordones militares bloquean el acceso a los edificios clave del poder: el Palacio, los ministerios, el Congreso, el banco central, la televisión y la radio nacionales. Los reagruparon en un mismo barrio hace décadas. El perímetro queda así relativamente restringido y fácil

de defender. Los rebeldes no se arriesgan a llegar hasta ahí. Lo intentaron hace dos días, pero los gases lacrimógenos, los camiones hidrantes y las balas de goma los disuadieron. Después del anuncio de hoy de que los militares iban a disparar balas reales, nadie tiene ganas de transformar nuestra plaza de la Nación en plaza de los Mártires. Hay pocos riesgos de que esto suceda, cabe señalar. La presencia masiva de las televisiones extranjeras en el lugar es una especie de reaseguro. Y también el testimonio de que el poder ya no controla gran cosa.

A la espera de que el fruto caiga por sí mismo, por pudrimiento, la plaza de la Nación se ha transformado en una inmensa ágora donde cada uno rehace el mundo a su manera. Es el lugar tanto de las fraternizaciones instintivas como de las peleas espontáneas. La vida se organiza acá. Se armaron baños públicos a toda prisa. Al principio, los militares los destruían, ahora los dejan. Ellos también ya están en el después y quieren ensuciarse las manos lo menos posible. Se arman carpas para dormir, tinglados para polemizar. Se improvisan puestos de agua, de distribución de café. Hay vendedores ambulantes que proponen de todo: comida, bebidas, diarios. Incluso hay limpiabotas. Los rebeldes han acondicionado un hospital de campaña para curar a los heridos, noche y día médicos y enfermeros voluntarios se ocupan de su gestión. Un muro de mártires reúne en un gran panel de madera las fotos de las y los que no pudieron ser salvados. Ahí es donde las familias locas de preocupación recuperan la esperanza o se desmoronan.

Se han tirado cableados eléctricos desde los negocios cercanos a la plaza. Algunos manifestantes que duermen ahí desde hace una semana instalaron televisores para no perderse nada de los acontecimientos en curso o de los partidos de fútbol europeos. Otros cargan sus celulares o sus computadoras. Los más politizados trajeron equipos de audio. Los líderes de todos los movimientos opositores se expresan uno tras otro. O al mismo tiempo. En un gran disparate inaudible. Algunos oradores estarían más en su lugar en un asilo. Surrealista: una pareja decidió casarse y multiplica las selfis en las narices de los militares.

Embriagada por esta noche, acompaño a Hind hasta la parada de taxis. Me da su tarjeta. Como pretexto, digo no traer las mías conmigo. En verdad me hubiera gustado volver a verla, pero no será posible. Salto dentro del taxi siguiente. La noche es peligrosa para una mujer sola. Desconfío incluso del chofer. Conservo mi mano sobre la bomba antiagresión disimulada en mi cartera. Le pido que me deje justo en la entrada de mi calle. Solo tengo que preocuparme por unos diez metros. De pronto me doy cuenta de que Omar ya no está ahí para recibir a Selma. Me precipito hacia la entrada de nuestro edificio. Trepo la escalera corriendo. Selma está dormida en el umbral.

20

La despierto y me abraza, con sus brazos enlazados alrededor de mi cuello entramos al departamento. Me disculpo. Me cuido de decirle dónde pasé las últimas horas. Me relata una jornada escolar normal: una profe de deportes enferma, un examen sorpresa de inglés, una tarea de matemáticas que hay que preparar para la semana que viene. Agotadas las dos, enseguida nos quedamos dormidas.

A la mañana, Selma me da un beso en la mejilla antes de irse al colegio. La miro por la ventana retozando con su mochila escolar y su look de nena buena. Estoy orgullosa de ella. No me muevo, porque hoy es el día de los uniformes. Matutinos. Los negocios van tan mal que acepté transigir con mi aversión por los policías y los soldados. En nuestro oficio, los uniformados suelen chantajearnos. La coima es una suerte de deporte nacional en nuestro país. Todo el mundo lo hace alguna vez. Algunos, todos los días. Para una puta, es la forma más segura de evitar engorros y obtener un poco de seguridad. Los polis tienen su panoplia de prestaciones. Para que ellos no te fastidien, es tanto. Para tener una pasada de patrulla por la calle, es otro precio. Para una llamada a cualquier hora, para asegurarse de que todo anda bien, hay otra tarifa más. Etc. Preocupadas por su economía, algunas chicas pagan con su persona. Yo me niego. Prefiero retribuirles pagando al contado para que me dejen laburar. Porque al aceptar acostarse, se abre la puerta a todas las derivas. A las más exóticas tanto como a las más dolorosas.

En este momento los policías están mucho menos exigentes porque su *business* también está a media asta. Y su futuro está lejos de estar asegurado. A los de mi barrio los conozco bien. A la fuerza… No son malos tipos. Padres de familia. Dado el estado de la economía, no me voy a hacer el mes con ellos. Los más humildes se contentarán con una mamada. Unos pocos tienen los medios para regalarse algo más. Solo durante la mañana ya estuve con unos diez policías. Por fin pueden pasar entre mis manos, y yo en las suyas. Algunos esperan su turno en su auto oficial. Por estima a los vecinos y a mi persona, se estacionan a dos cuadras de ahí y se visten de civil.

Mi cita de la tarde es diferente. No me dijo por supuesto nada

sobre su rango, pero ya al verlo entrar reconozco inmediatamente las maneras de los hombres de las sombras. La seguridad interior. Tuve pocos de esos como clientes. A menudo fríos, nunca supe al verlos salir de mi estudio si acababan de tener sexo conmigo o de interrogarme.

Es, visiblemente, un alto rango. Altanero. Pedante. Muecas austeras. Seguro hizo muchas cochinadas, pero sabe que se quedará en el poder. Y la sociedad civil y la democracia no ganarán. Ya negoció su futura posición. Se percibe en su seguridad inquebrantable. Nada que ver con el gobernador. Este policía grandote posee probablemente tantos expedientes comprometedores… Incluso en las depuraciones, siempre son los esbirros los que festejan. Los Omar. No los de mayor rango.

Mi cliente es particularmente frío. Paralizante. Habla poco. Enmascarado con sus lentes oscuros, observa primero durante largo tiempo los alrededores a través de la ventana. Me hace cerrar todas las persianas para ocultar los espejos. Después inspecciona rápido el cuarto con la mirada y con la mano. Pero no encuentra lo que busca: las cámaras minúsculas. Saca un revolver con un silenciador. Lo mete lentamente en mi boca, lo hunde hasta que ya no pueda respirar. Con la otra mano, dibuja con el filo de la navaja una sonrisa en mi garganta. Un corte muy fino y poco profundo. Pero de todos modos lo suficiente como para que sangre la herida, para que me quede de por vida una marca resistente. De pronto fija la mirada en la alfombra mural, adivina ahí la presencia de los cables ocultos. Se precipita, los descubre, los arranca, rompe las cámaras con sus botas. Abre su bragueta, me tira del pelo.

Escupí todo. No pagó. Me hice pis encima. El miedo. Y después las lágrimas.

21

En cuanto entro a la ducha, suena mi celular. Atiendo. Reconozco instantáneamente la voz de la directora del colegio de Selma.

—Disculpe que la moleste, quería tener novedades de Selma.

—¿Cómo? ¡No me diga que tuvo un accidente!

—Pero no, para nada. Hemos recibido perfectamente la nota de disculpas que usted nos envió por su ausencia, pero como ya pasó una semana, temía que tuviera algo más grave que la gripe que mencionaba en su carta.

Me sofoco. No le quiero dar a pensar a la directora que Selma faltó a clases sin decirme.

—No, no, nada grave. Va a volver muy pronto. ¿Hay algún otro estudiante ausente? Quiero decir… en su clase.

—Usted sabe cómo es… Con todo lo que ocurre… Algunos no vienen por miedo a los incidentes. En cambio, algunos padres imprudentes dejan que sus hijos participen en las manifestaciones.

—¿¡A su edad!? Discúlpeme, pero, en su clase, ¿usted cree…?

—Es desolador. Les brindamos la mejor educación, pero hay padres inconscientes.

—Pero en su clase…

—Selma está efectivamente en su casa, ¿no es cierto?

—Sí, por supuesto. En realidad, no. Esta tarde se sentía un poco mejor. Me pidió ir a lo de una vecina para trabajar con sus ejercicios de matemáticas. Yo, las matemáticas, sabe… Pero su llamado… Por eso me preocupa. ¿No me podría dar las coordenadas de alguna madre de una alumna de su clase? ¿Una madre cuya hija no estuviera en clase en este momento?

—Lo único que sé, señora, es que vieron a los estudiantes de nuestro colegio varias veces en la plaza de la Nación.

—¡En la plaza de la Nación!

—Con lo que está sucediendo ahí, funciona como un imán para algunos de ellos.

—Discúlpeme, tengo que colgar. Buen día.

Salgo del estudio corriendo sin perder el tiempo en cancelar mis últimos clientes. Me subo al primer taxi y me bajo lo más cerca de la plaza de la Nación. Corro mirando para todos lados. Las ambulancias van y vienen. Un olor acre a gas lacrimógeno se va disipando y me raspa la garganta. Sigo corriendo sin saber adónde ir. Lloro. Me llevo la mano a la boca para retener mis gritos. Me dispongo a gritar "¡Selma!" justo cuando la veo al fin. Me quedo petrificada. Aliviada pero vacía.

Está en medio de unos diez chicos de su edad. Se ríen. Parecen felices. En plenitud. Uno de ellos lleva una banderola plegada sobre sí misma. Al principio no me sorprendió, pero Selma es la única chica. Está sentada en las rodillas de un chico más grande que el resto, de unos quince años tal vez. Corro hacia el grupo y le doy una bofetada con todas mis fuerzas.

—¡Me entero por tu directora que hace una semana que no vas al colegio! ¡Que estás escribiendo falsas notas de excusas con mi firma! ¡Y todo eso para arrastrarte con estos degenerados sin cerebro y poner tu vida en peligro! ¿Te gustaría terminar como tu abuela?

Me echo atrás de inmediato, pero es tarde. Me lanza:

—¡Quieres decir como una puta!

Me quedo con la boca abierta. Agrega:

—¿Cómo?

Caigo de rodillas en la vereda. Veo a Selma salir corriendo hacia la avenida. Me levanto de golpe. Corro detrás de ella. Mis tacos me hacen disminuir la velocidad. Me saco los zapatos y retomo carrera. La alcanzo finalmente en la entrada de una plaza. La tomo del brazo.

—¡Selma! ¿Qué son esas estupideces sobre tu abuela?

—¿Y sobre ti? ¿No son estupideces, sobre ti?

Cierro los ojos. Los vuelvo a abrir.

—¡Hace una semana que estás faltando a clases! ¡¿Y además vas a las manifestaciones?! Acá. En la plaza de la Nación. ¡Con todo lo que pasa acá! Los militares. Las violaciones. Los…

—No me respondiste.

—Sabes muy bien que todo eso es falso. Grave. Asqueroso. ¿Quién te lo dijo?

—Nadie. Lo sé, es todo.

—No me vas a hacer la gran jugada de Omar. Contarme que esas cosas se adivinan. Y, primero que nada, es falso. ¡Todo eso es falso!

Nos observan unos mirones. Me doy cuenta de que unas manchas de sangre asoman de mi garganta. Y caen en mi vestido. Selma se preocupa enseguida. La tranquilizo mostrándole que la herida no es profunda. Se queda preocupada. Mi rostro, ahora mi garganta. Esta vez la excusa de un accidente no va a prender. Bordo a las apuradas

otra explicación vagamente posible. No insiste.

—Vamos más lejos, Selma. Te pido por favor.

—Dime la verdad sobre la abuela y sobre ti.

—Ven, Selma. Ven, mi amor. Vamos a ese banco, allá. Podremos hablar. Te diré lo que quieres saber.

Pero es duro. Yo no estaba preparada. Para nada, por otra parte. ¿Quién es ese chico?

—Un amigo de Hakim. Tiene cigarrillos.

—¿Estás fumando? Tú, ¡¿fumas?!

—Pero no, mamá. Sólo algunas veces, con las chicas de mi clase…

La tomo del cuello de su camisa de colegiala y la sacudo frenéticamente.

—No lo puedo creer… ¿Fumo, yo? ¿Acaso fumo, yo?

La suelto.

—No, mamá. No fumas.

—Y a ese chico, ¿cómo lo conociste?

—Es un compañero de Hakim, te lo dije.

—No es lo que quiero decir. ¡Ni siquiera sé quién es Hakim! Pero ese otro, allá. Estabas sentada…

—¿En sus rodillas? Oh, eso, no es nada.

—Tiene por lo menos quince años…

—Diecisiete.

Toso de nervios.

—Ese chico… de diecisiete años… quiero decir… ¿es un compañero? ¿Un amigo? No encuentro las palabras. Ayúdame, Selma.

—¿Quieres decir…? ¡Pero en qué estás pensando, mamá! Bueno, no. Tengo trece años. Soy una buena musulmana… Solo nos dimos unos besos.

Me vuelvo loca. Siento que el piso se escurre de nuevo bajo mis pies. Encuentro las fuerzas para alcanzar el banco un poco apartado de la calle y la vista de los transeúntes. Selma también se sienta. Se me acaba de caer un edificio de cien pisos sobre la cabeza. Mi hija acaba de envejecer diez años en cinco minutos. Esta mañana dejé a una chiquita, me encuentro con una adolescente. Una adolescente que sabe de mi oficio, el de la madre de su madre. Que descubre a los hombres. Que fuma. Que falta a clases y va a arriesgar su vida en las manifestaciones contra el poder. Todo lo que construí vuela en pedazos. Pago un alto precio por mi silencio.

—No hacemos nada malo, mamá. Y de ti, no he hablado con nadie. Te lo juro. Sé lo que pensarían los demás…

Tengo los ojos húmedos, la garganta seca. Selma toma mi mano y se acurruca contra mí.

—Sobre tu abuela y yo… ¿quién te contó esos horrores?

—Nadie. Te seguí una mañana en vez de ir al colegio. Me quedé frente al edificio donde trabajas y entendí.

—¿Qué entendiste?

—Tu trabajo. El verdadero.

—¿Cómo puede ser? ¿Por quedarte frente al edificio?… Y con respecto a tu abuela, ¿también te lo imaginaste quedándote enfrente del edificio?… ¿Y si nos decimos la verdad las dos?

—¿Empiezas tú?

—Me gustaría que seas tú, Selma, la que empiece. ¿Quién te dijo qué?

Selma se separa de mí y baja la cabeza.

—Omar.

—¡Ese perro!

Me levanto de manera brusca. Respiro fuerte. Las lágrimas surgen otra vez. Me vuelvo a sentar en el banco. Tomo la mano de Selma. Me muerdo la lengua.

—¿Qué fue lo que te contó?

—Todo.

—¿Todo qué?

—Lo sabes bien…

—No, Selma. No, no sé. Pero si es muy duro de contar para ti, lo entenderé.

—No. Puedo hacerlo. Estoy orgullosa de ti. Quiero continuar mis estudios para que tú también estés orgullosa de mí. Pero dime la verdad, mamá. Con tus palabras.

—¿En qué momento Omar te contó estas cosas?

—Hace dos años. Me preguntó cómo era en casa. Qué programas mirábamos en la tele. Si algunas veces recibíamos gente. Familia o amigos.

—Y yo que alababa su pudor… No necesitaba entrar a casa. ¡Qué hijo de…! Perdón, Selma.

—Me daba caramelos. Durante mucho tiempo, no presté verdaderamente atención a sus preguntas. Era así. Las hacía mientras hablábamos de otra cosa. Y de pronto, un día, tenía cara de preocupado. Le pregunté si estaba enfermo. Sabes que yo lo quería mucho a Omar…

—Sí, lo sé.

—¿Y tú?

—Sí, yo también lo quise mucho…

—Me dijo que estaba bien pero que se preocupaba por la salud de un vecino. Sabes, Farid…

—¡Qué cabrón!

—¿Por qué lo dices, mamá? Omar lo quería mucho. Me pidió que fuera por él a ver si todo estaba bien. Me pidió que escuchara detrás de su puerta para ver si necesitaba ir a ver al médico. Y después me pidió que me fijara si venía gente a visitarlo… Porque es triste estar enfermo y muy solo. Le conté quién iba a verlo. Era como un juego. Había que adivinar los nombres de la gente que veía para saber si eran doctores, amigos o su familia. Hacía trampa, porque, a veces, les preguntaba su nombre. Y una vez incluso miré una billetera en un bolso. Omar me había mostrado cómo hacerlo con discreción.

—Piedad, no me cuentes más. Por favor. No me cuentes más…

Tengo náuseas. El Farid del que me habla Selma se llamaba Farid Sbetla. Nuestro vecino del cuarto piso. Hace alrededor de un año, tal vez un poco más, desapareció. Al ver su foto en el diario algunos vecinos me hablaron de eso. Acababan de encontrar su cadáver en una cantera. El artículo decía que se trataba de un arreglo de cuentas entre militantes de extrema izquierda. Mentiras de Estado publicadas por la prensa bajo control. Ese cerdo de Omar había usado a mi hija para atraparlo.

Miro a Selma. Le acaricio el pelo. Volvemos a casa. Pidió saber la verdad sobre su familia. Primero trataré de saber todo lo que Omar le dijo de mí y de mi madre. De hacerle decir con sus propias palabras lo que es una prostituta. No es fácil ser una madre. No es fácil tampoco ser la hija de una puta. Mucho menos ser la nieta de una puta. Buscaré las palabras menos hirientes. Las endulzaré todo lo que puedo para preservar una parte de su inocencia. Tendré, sin embargo, que hablarle de los hombres. Y me atreveré a pedirle lo que no tengo fuerzas de hacer en este instante. “¿Omar ha tratado de…?” “¿Omar ha…?” “¿Omar ha puesto una mano…?” Esta noche, sean cuales sean las palabras que use, mi pequeña Selma ya nunca será una chiquita como las demás…

22

Le ahorré a Selma los episodios más dolorosos de nuestras vidas, los de mi madre y los míos. Pero sabe lo esencial. Escucharlo de mi propia boca le habrá permitido sin dudas liberarse del peso del secreto. También siento eso. Voy a seguir engañando a mis vecinos, pero podré mirar a mi hija a la cara. Tengo apuro por contarle todo a Eslimán.

Pero, antes de eso, otras urgencias. Primero agradecerle a Dios. Me ha aliviado de tantos pesos en tan poco tiempo. Tomarse el tiempo de rezar. Y después temas más triviales: necesito pan y preservativos. La parálisis de la economía hizo que se cierren muchos negocios. Los que están todavía abiertos se parecen a cáscaras vacías. En lo que respecta a la nafta, los taxis tienen sus trucos. Pero para el pan y los preservativos, no tengo redes de distribución paralelas. En este país exangüe, cada costumbre se volvió un recuerdo. Me dirán que no tengo el sentido de las prioridades. Digo que tengo el de la supervivencia. En cuanto a la sed de libertad, no se sacia con la sed a secas. Los ideales de fraternidad se terminan donde la panza empieza a hacerse escuchar.

Después de una horita dando vueltas por el barrio, termino por encontrar mi felicidad —pan y preservativos— en una autoescuela. Es un almacén a estas horas. Con detalles como estos se reconoce este país. Son los que le dan su encanto.

Habría podido probar suerte con el nuevo almacenero. A Omar lo reemplazaron rápidamente debajo de casa. Mucho más joven que él, este tiene la mirada rencorosa de los islamitas frustrados, pero sin complejos. En medio de las verduras, sus estanterías están al tope de libros religiosos. Se embriaga con la salmodia del Corán nasal y saturado que emite un lector de CD de otra época. Hace que los vecinos se beneficien con ella de la mañana a la noche. A veces incluso de la noche a la mañana. El tamaño de su barba es inversamente proporcional a su capacidad de reflexión. Y mucho menos larga que su propensión a denunciar a sus vecinos por todo y por cualquier cosa. Es antipático. Lo sabe. E incluso lo reivindica. Por supuesto, sus clientes son menos numerosos que con Omar, pero le da igual. El partido islamista le da una renta para vigilar con los ojos bien

abiertos. Todos estamos al tanto. Lo sabe. E incluso lo reivindica.

A la tarde, entre cliente y cliente, por fin vuelvo a ver a Eslimán. Nuestras citas se dan a escondidas, a causa de la situación actual. El éxito de su sitio continúa y tiene la convicción de estar participando en algo grande. Mi poeta se volvió el bloguero más popular de la revolución. Ahora las masas escanden algunos de sus versos. Le insistí para que nos veamos. Está muy inquieto por la visita de ese tipo con un alto cargo en el servicio de inteligencia. Y se pone lívido al descubrir mi nueva cicatriz bajo la garganta. Cuando le hablo de Selma, de lo que sabe a partir de ahora, sonríe al fin de nuevo. Me dice que le hablará. Que puedo contar con él, que todo va a salir bien.

Me informa también sobre las últimas evoluciones de la mañana. El poder estaría negociando su fuga: destinos, grandes transacciones en especias, la garantía de que no les sucederá nada a los familiares que se queden en el país. Se siguen lamentando muertos, en particular en las provincias. Cada bando espera la caída inminente del régimen. Muchos ya están en el después. Las tratativas avanzan muy rápido. Todo lo que se negociaba a precio de oro cambia de mano por un mendrugo. Las oportunidades deben tomarse rápido para los que quieren obtener un puesto o salvar el suyo. Cada revolución tiene sus vendedores de alfombras.

Pasamos a consideraciones más prosaicas. Para el huevo que le falta, Eslimán tiene prevista una cirugía estética. Le pondrían un testículo falso de silicona. Recién volvió a trabajar hace tres días, por falta de tiempo y teniendo en cuenta sus secuelas. Imposible pensar en penetraciones anales, sus cicatrices todavía están demasiado frágiles. Algunos clientes adoran palpar su huevo ahora huérfano. Otros se horrorizan al pensar que les podría pasar a ellos. Los menos timoratos le piden el relato de la noche en la que a Eslimán lo molieron a golpes. Tiene una palangana para los nauseabundos.

Volvemos otra vez a discutir sobre el régimen. No sobre la pérdida de peso sino sobre esta tiranía que era demasiado obscena.

—Cuanto más pesado, más rápido cae —concluye Eslimán.

Son las últimas palabras que escucharé de mi poeta. Nos despedimos.

Tres horas después, mientras termino de exprimir a mi último cliente del día, un rumor se propaga por la ciudad: al bloguero Eslimán lo detuvieron. Lo torturaron. Lo ejecutaron. Entro en pánico. Trato de contactarme con uno de sus amigos. Menos de una hora después, nueva información. Eslimán habría reaparecido. No en la web esta vez sino en la televisión. Me abalanzo sobre la pantalla. Eslimán está, en efecto, en el noticiero de la televisión estatal. Cuenta brevemente su arresto. Su interrogatorio efectivo pero cortés. Su liberación al cabo de unas horas. La invitación, para su sorpresa, a ir a

ese estudio y expresarse. Eslimán habla bien. Habla lo justo. Es humilde. Se niega a que lo erijan como un héroe. Hace un homenaje a la memoria de todas las víctimas. De ambos bandos. Su intervención televisada en el canal oficial confirma las informaciones que él me daba al inicio de la tarde: el régimen ya no existe. Los periodistas eligieron el partido de los ganadores. Eslimán termina de hablar con una dedicatoria: “Para Nur y Selma”. Yo, la puta y la madre, me desmayo.

Esa misma noche, lo invitan a hablar en la plaza de la Nación. El pueblo lo recibe como a una celebridad. Mi poeta responde con versos que imponen a la muchedumbre un silencio instantáneo y surrealista. Enseguida le siguen vítores ininterrumpidos. Desde mi departamento, sigo todo esto en el canal nacional, pegada a Selma. Ya no encuentro las palabras. Las lágrimas me sirven de vocabulario. Aunque sus fans ignoran su orientación sexual, una puta gay está siendo aclamada por decenas de miles de hombres y mujeres en la plaza de la Nación y por millones de telespectadores. Por su humanidad. Por su poesía. Este país es mágico.

23

Hay períodos de la vida donde todos los planetas parecen alineados. Una persona razonable saca de eso una felicidad inmensa y disfruta ese momento con deleite. Ha caído el régimen. Esta vez, es oficial. En la televisión, se leyó un comunicado lacónico desde las seis de la mañana. El presidente del Consejo Constitucional se ocupa de gestionar los asuntos en curso y organizar lo más pronto posible las primeras elecciones verdaderamente democráticas. Desde entonces, la ciudad es pura alegría, conciertos de bocinas y desfiles improvisados. Las imágenes inundan la web y los medios de todo el planeta.

Selma tiene la vista clavada en las pantallas y me va comentando todo lo que ocurre. Se moría de ganas de unirse a esa histeria colectiva con sus amigas. Le dije “no”. Con firmeza. Renegó, gruñó, pataleó y finalmente aceptó mi decisión. Debería estar con ella, afuera, en medio de la euforia popular. Un acontecimiento que solo se vive tal vez una sola vez en la vida. Infaltable. Pero no tengo ánimos. Esta conjunción de buenas noticias, excepcionales, maravillosas, me sumerge en una profunda melancolía. Como si estos instantes no pudieran sino anunciar mañanas que desencantan. Y que desencantaran con espanto.

Entiendo la exaltación de Selma. Tiene razón. Pero, a fuerza de prohibirme la felicidad, Dios, creo, ha arruinado definitivamente en mí toda capacidad de pensar que la dicha pueda existir algún día.

No logro librarme de este sentimiento. Entonces voy a hacer mis abluciones. Me inclino en dirección a La Meca. Una vez que terminé mi rezo, tomo mi rosario y rezo con él maquinalmente dejando que mi mente vague. Una melancolía triste. Me dirijo a Dios como a un compañero. ¿No es un viejo conocido?

—Te agradezco por todo lo que le das a nuestro país, a sus habitantes. Haz que hagamos buen uso de todo esto. Te agradezco por haber preservado a Selma de todo lo que me había ensuciado y humillado a su edad. Te insulté por haber dejado que esos monstruos arremetan contra la niñita inocente que fui. Y por haber hecho de mí este ser que sigue sin poder mirar todavía su vida de frente. Que se desprecia y se reprocha por vivir. Señor, las cosas nunca han sido

simples entre tú y yo. Además (¿puedo decirte “Mi Dios”?), hemos permanecido extraños el uno para el otro durante tanto tiempo. Te odié. Me conoces. Sabes que todavía te odio. Si eres en verdad el Amo de todo, si eres el que decide nuestro destino, ¿Como podría yo alabarte? ¿Qué he hecho para merecer esto? ¿Qué hizo una niñita de ocho años para que la obliguen a matar a sus hermanitos en el vientre de su madre? Y todo el resto… ¿Cómo podría decirte, con el corazón liviano y sincero: “Gracias, Dios mío, por la vida de pesadilla que me has reservado”? No lo logro. Todavía no. Desde el fondo de mi condición, he reflexionado mucho. Estás en la cima de la pirámide, muy “allá en lo alto”. Yo estoy “abajo”. Algunos incluso están más abajo que yo. Otros están mejor posicionados. Tú eres quien los ha puesto ahí. ¿O bien fueron ellos mismos los que se hicieron su lugar sin que encuentres nada para decirles? Creo que esta pirámide es un impasse. Porque si no estuvieras “en lo alto”, ¿habría un “abajo”? Este orden de cosas, divino o no, hay que destruirlo. No encuentro mi lugar ahí. No deseo formar parte de tu Corte. Tal vez soy una puta, pero no una cortesana. Ni Dios, ni hombres. Soy libre, como me hiciste. Una mujer encerrada en una prisión dominada por machos. Desde el nacimiento a la muerte, no tenemos otra vocación que la de servir a nuestros amos por derecho divino: padre, hermanos, tíos, esposos. Califas y mutfis mantienen el cerco estrecho. Tan pocas mujeres se rebelan. Chicas y luego esposas maltratadas, la mayoría de ellas se vengan sobre sus hijas. A sus hijos, los educan como a príncipes. Tienen autoridad sobre sus hermanas, incluso mayores. Ellas son las que velan por el mantenimiento del orden establecido. Son las primeras en tirar la piedra sobre la mujer adúltera y sobre la prostituta. Ellas son las guardianas del templo. Lo ves, Dios mío, hoy te rezo con la cabeza descubierta. Tanto por respeto hacia ti como hacia mí. Mi pelo, lo dejo libre para honrarte mejor. Es tu creación, no una provocación de mi parte. Algunos creen que te aman porque te temen. Se equivocan y se pierden. No se puede amar lo que se teme.

Volví al living. Selma no sacó los ojos de las pantallas. Salta de un canal a otro. De un sitio al otro en su teléfono. Leo en su mirada su deslumbramiento, la decepción de no estar ahí. Respira con mucha fuerza y levanta los hombros.

—Te quiero, mamá. ¡Pero me gustaría tanto estar allá!

Su mueca de desilusión me arranca una sonrisa, me hace vacilar en mis certezas y mis ideas oscuras.

—Bueno, está bien, vayamos.

Caminamos por las avenidas durante toda la noche. Me hace bien ver esos rostros iluminados, plenos, fraternos. Descubrir todo lo que era inimaginable hace solo algunas horas: jóvenes muchachos y

muchachas besándose en plena boca, sin una pizca de inquietud; mujeres actuando del mismo modo bajo la mirada reprobatoria de los musulmanes desconcertados; artistas haciendo grafitis con frases coloreadas en los edificios administrativos más austeros; grupos alcoholizados rompiendo los retratos gigantes de los líderes en fuga. Pero nos cruzamos también con miles de hombres y mujeres que escanden con el puño levantado los versículos del Corán. Como eslóganes de un nuevo orden. El mañana ya llegó. Con todo su salvajismo.

—¡Mira!

En el ángulo de una calle, Selma acaba de ver un pequeño tumulto delante de una pantalla colocada sobre la vereda. Una televisión retransmite una intervención de Eslimán frente a una inmensa multitud: “Nuestro país acaba de entrar en la Historia y nuestro dictador de salir de ella! ¡Después de treinta años de reinado absoluto, de pronto se fuga como un ladrón! En este momento que les estoy hablando, el ladrón sigue robando, pero esta vez desde su avión privado. La revolución ha puesto fin a su hambre de poder. Ayer, el país y su futuro le pertenecían. Hoy él pertenece al pasado del país. Después de días de silencio, el Palacio fue claramente forzado a confirmar su partida y la de tres mil setecientos cincuenta y dos miembros de la familia. Se dice también que ha abandonado el país con mucho dinero y lingotes de oro para pagarse los mejores cancerólogos del país hermano que le dijo: “¡Hola, primo!”. Responden a su arenga con los *Allahu akbar*.

El sentimiento de libertad que surge al día siguiente de una revolución es difícil de definir. Si tiene algo de embriaguez, también tiene una ingenuidad que desarma. No hay lugar para la lucidez. Pasa por escepticismo. Los dos sentimientos conviven en mí. La libertad se aloja en el más mínimo átomo de mi cuerpo y me traslado a un estado parecido al del orgasmo.

A la espera de que la Historia nos dé cita para la resaca del siglo, vivimos los días más embriagadores de los entre-dos-rounds. La cultura da el tempo. Los sueños de un pueblo se encarnan en los conciertos, los cantos, los bailes, las exposiciones de fotos, las performances, los grafitis, los murales y las obras plásticas de toda clase que crecen como hongos en los lugares más inesperados. Las lecturas públicas, los foros de discusión que se organizan por todas partes nos llevan a pensar que una dulce anarquía va a transformar este país en un paraíso terrestre.

El fuego ha arrasado el Ministerio del Interior. Todo el mundo sabe que los mismos funcionarios de la policía rociaron todo con nafta. Tienen muy pocos días para hacer desaparecer todo rastro de sus

malversaciones: sobornos, chantajes, robos, prostitución, arrestos arbitrarios, torturas, ejecuciones rudimentarias. Los cientos de miles de ciudadanos que les han brindado información o han denunciado personas ruegan para que su nombre se esfume. Yo solo comuniqué algunas informaciones secundarias. Pero sé que los implicados podrían hacérmelo pagar.

El período es propicio para los arreglos de cuentas. Por supuesto están los Omar que pagan su buena relación con el antiguo régimen. Y, en el seno mismo del aparato de Estado, las reequiparaciones se hacen en un baño de sangre. Los generales que controlaban, cada cual, un segmento de la economía nacional se aprovechan del período para ampliar su zona de influencia. Los menos ambiciosos pagan el precio: ya encontraron dos cadáveres entre ellos. Entre la policía y el ejército hay enfrentamientos también. Durante la última década, la policía fue tomando una importancia exagerada bajo la mirada de los militares. En el día a día, los soldados tenían poco contacto con la población. La extorsión de los fondos de los ciudadanos comunes era sobre todo un asunto policial. El pueblo la desprestigia. Varios de sus altos rangos sufrieron una muerte violenta. Acusan a la muchedumbre, pero la sangre está sobre las manos de algunos militares.

Mientras tanto, Eslimán colecciona fiestas y recolecta algunos ingresos considerables. Una productora de la tele nacional le propuso incluso ser el animador de un programa. Los islamistas, que ya están bien implantados en el canal, lo vetaron. A la productora, que solo tenía los ojos en Audimat, la despidieron. Enseguida encontró trabajo en Al-Jazeera, donde las tontas con tacos y traje sastre, formateadas con el marketing de masas, ya son legión.

Eslimán compró un descapotable en *leasing*. Solo pienso en Selma. Que poco a poco es aspirada por la libertad encarnada que para ella es Eslimán, ahora su héroe. Así como él es el héroe de mi vida. Eslimán, que seguramente pagará un precio alto cuando deje de estar en el candelero. Trato de que entre en razón. De llevarlo a la mesura y a la discreción. Los islamistas salen de las sombras. Y no les gustan los poetas. Ni los hombres libres. Se fijaron las elecciones para dentro de tres semanas. No me hago ilusiones sobre los resultados.

Mientras tanto, el trabajo se reanuda para mí también. Los que tuvieron miedo de perderlo todo y finalmente salvaron su cabeza y sus bienes vienen a vaciar su excedente de susto. Y los recién llegados, que quieren hacer rimar revolución y liberación sexual, vienen a pagarse una porción en preestreno en mi estudio. Mis sesiones de “reeducación” de Amín parecen funcionar. Ahora parece muy cómodo con las mujeres. Me cuenta que la pasa bien con sus amantes mujeres. No soy psicóloga ni psiquiatra; sin embargo, estoy muy preocupada por él. Sus padres juegan el juego del islam por el atractivo de la

ganancia. Él parece adherir real y sinceramente a la utopía islamista. Este país es desesperadamente previsible.

No sé lo que Amín le contó de nuestras sesiones a su padre, pero él también se ha vuelto un cliente habitual. Mucho más sorprendente, esto le dio también algunas ideas a su madre. Con el pretexto de venir a verme para tener novedades sobre el progreso de su hijo, la progenitora ajusta cuentas con las aventuras de su marido. Así recibo una tunda de bastonazos en nombre de todas sus amantes. Esta familia es la peor combinación que yo conozca. La sed de dinero es lo que los une. Su libido, mi seguro de desempleo.

La campaña electoral está a pleno. Difícil escapar a los altavoces, escandiendo eslóganes hábiles o execrables, atornillados sobre los techos de las furgonetas que circulan por todo el país. En la tele, los debates les dan la voz cantante a los islamistas. Pocos son los imanes o los teólogos autorizados en contradecirlos en los canales. En Internet, los demócratas hacen una campaña que pone mucho más de relieve sus divisiones que su programa. El regreso de los bastones se acerca a grandes pasos. Eslimán intenta conciliar el estilo de su blog con bacanales cada vez más tardías. No parece ver lo que se viene. Este viernes, aceptó darse un poco de respiro conmigo.

Eslimán llega a mi estudio mientras la tele está encendida. Sigo los noticieros, que difunden casi en continuo sermones enfervorizados de los candidatos islamistas que puntúan sus diatribas de promesas de infierno para todos sus oponentes. Las mujeres no se quedan atrás. Suelen ser las más virulentas. Detrás de los *hijabs* inmaculados e iracundos se ocultan con frecuencia almas repugnantes. Eslimán se sienta a mi lado y me sostiene la mano. El noticiero se abre con un acontecimiento trágico. Dos mujeres, cuyos vecinos denunciaron sus retozos sáficos, fueron linchadas por fieles después del gran rezo. Defenestradas, lapidadas y después colgadas de un pie a un mástil. Los canales árabes no son avaros con las imágenes abyectas. Petrificada por la noticia, no puedo evitar mirar esos cuerpos dando vueltas sobre sí mismos. El plano que se concentra sobre sus rostros me horroriza. Habiba. Esa joven estudiante.

Voy a vomitar al baño. Eslimán me acompaña, me sostiene la cabeza y me acaricia el rostro.

—¿La conocías, Nur?

—A la más joven. Una nena…

—Eso le costó la vida.

—No puedo más, Eslimán… Tenía apenas dieciocho años. Como Nejma.

—¿La joven prostituta de la que me habías hablado? ¿La que se cortó las venas?

—Sí. Necesito vivir. Para Selma. Para ti. Pero es tan duro…

Eslimán me abraza y me estrecha contra él.

—Mi poeta, has cambiado en estas últimas semanas. Ya no ves lo que pasa. Hemos ahuyentado al tirano. Estos van a ir todavía más lejos.

—La sociedad no va a retroceder. Ya no pueden hacer nada contra la evolución de las mentalidades. Por eso utilizan la violencia. Es la confesión misma de su derrota.

—Te equivocas. Las elecciones van a llevarlos al poder. Ya arreglaron todo con los del antiguo régimen. El islam aplacado que nuestro país conoció antes ya no tiene mucho que ver con este islam desbocado.

—Está el debate electoral para restablecer la verdad. Es lo que hago en mi blog. Cientos de miles de personas que me siguen todos los días.

—Es más fácil hacer la revolución que poner en marcha una verdadera democracia. Llevará décadas, sino más incluso. Hoy, es tan difícil para los electores sacar algo en claro. Todos pretenden poseer la verdad. Y, en ese juego, los mentirosos más aguerridos ganarán.

—Los islamistas.

—Sí, los islamistas. Prometen encarnar la virtud pública. Qué ironía… Seamos realistas. Tienes que huir al extranjero mientras todavía haya tiempo. Tienes dinero en este momento, aprovéchalo.

—No se atreverán a tocarme.

—Antes de las elecciones, tal vez. Pero después de su victoria… Ya no estarás seguro.

—¿Y tú, Nur?

—Siempre se necesitan putas. Sea cual sea el régimen. Y si las cosas funcionan bien para ti en el extranjero, podrás mandarnos a buscar, a Selma y a mí.

24

Tres semanas después, los islamistas ganaban las elecciones con cerca de un ochenta por ciento de los votos. Los demócratas votaron por el paraíso y recibieron el infierno. Después de haber digerido —mal— la derrota, Eslimán se lanzó a una nueva batalla. Mi poeta retomó su blog para denunciar en él el retroceso de las libertades públicas, la colusión entre militares e islamistas, el regreso a los negocios de las caras bien conocidas del antiguo régimen. Asesinaron a varios intelectuales y artistas. Eslimán sigue creyendo que es intocable. Por mi seguridad y la de Selma, no lo veo desde hace dos meses. Para no caer en la depresión, terminamos por aceptar lo inaceptable.

Sigo recibiendo a Amín para su “terapia”. Abusa de mí con esmero e incluso se toma un tiempo para hablar. Se vanagloria del volumen de sus negocios en constante alza y puntúa sus frases haciendo referencia a un Alá vengador que pronto va a volver a poner las cosas en orden sobre la Tierra. Me preocupo por esta nueva inclinación y les hago unos breves comentarios a sus padres, que siguen elogiando mi trabajo ellos también. No ven maldad en la nueva postura religiosa de Amín, sino un astuto posicionamiento comercial. No será el único en esa situación. El reciclaje de las caras de siempre del régimen se ha puesto en funcionamiento. Los que ayer todavía elogiaban las virtudes de la laicidad y hacían sus abluciones con whisky descubrieron una fe insospechada. El islam es su nuevo credo. Alá es a partir de ahora grande ante sus ojos. Y por todas partes se hacen negocios.

Espero un nuevo cliente. No me gustó su voz en el teléfono. Una voz que creo conocer sin que haya podido identificarla. El hombre viene recomendado por el exgobernador, del que anuncian un regreso triunfal en pocos días. Entendí el mensaje: los latigazos serán su forma de goce.

El timbre suena con impaciencia. Por la mirilla, lo reconozco de inmediato. Es Osmán, el jefe del ala más radical de las franjas islamistas que llegaron al poder. En sus sermones apasionados en la Asamblea Nacional, vilipendia a todos los, y sobre todo las, que para él tienen una moral disoluta.

En el fondo, no sé bien por qué le dicen “islamista”. Una araña en

el techo, eso es religión. Él y los suyos saquean y compilan el Corán sin vergüenza. Solo retienen la incitación a extirpar los miembros impíos. No son rezagados. Más bien bárbaros. Osmán es un tiburón devorador de hombres y sobre todo de mujeres. Creo que viene a tener sexo porque su mujer es para él solo una matriz para reproducir musulmanes. Nada más. Para su placer, se regala una esclava. Islamistas y militares van codo a codo. Mi cama da testimonio. Ahí llegan, los nuevos amos.

Cuando se trata de verdadero placer, la prostitución es *halal*… Osmán sabe que lo reconocí. Por mi parte, soy consciente de que, si alguna vez hablo, él o uno de los suyos me matará. La hipocresía es de todas las religiones, de todas las obediencias, de todas las ideologías. El silencio, su cómplice. El barbudo grasoso de Osmán golpea todavía más fuerte que el señor gobernador. Pura violencia. Para mí solo tiene palabras hirientes, infamatorias. Sin relieve. Su campo léxico es una parcela de tierra árida.

Osmán se niega a ponerse profilácticos. No tengo la autoridad suficiente para que me obedezca. Una vez, sin embargo, sentí que hubiera podido ser sensible a mis argumentos. Después de haberse saciado con mi cuerpo, vio mi fular, mi tapete de rezos y mi altar a través de la puerta del baño que había quedado entreabierta. Por primera vez me percibió no solo como una prostituta sino como una musulmana. Eso lo desconcertó. De pronto tuvo la sensación de cometer un pecado. Aporrear a una mujer que le ruega a Dios le dio miedo. Quiso entender cómo una creyente podía dedicarse a semejante actividad. Pudimos hablar.

Descubrir que Osmán podía expresar otras cosas además de la brutalidad y de la torpeza me dio cierta forma de calma. Sin dudas esta necesidad de humanizar un mínimo de los que tienen sexo por dinero… Por fuera de Eslimán y de Selma, nunca me había abierto a nadie con respecto a mi historia personal. Osmán se enterneció sinceramente con mi recorrido. Realmente buscó soluciones para hacerme dejar esta vida de clientes. Me habló de una asociación de mujeres musulmanas que ayudan a las prostitutas a encontrar una salida. Pero mi reticencia a abandonar un estatus que me garantice una relativa estabilidad financiera lo convenció finalmente de que Alá había elegido lo más pertinente para mi destino.

Desde luego me habló también de espiritualidad, pero de la forma en que podía hablarle de eso a la puta que soy. Me explicó por qué no usaba preservativos. Porque su esperma, según él, estaba purificado por Dios. Y constituía así mi mejor chance de ser purificada a mi vez. En eso, tuvo una nueva erección y volvió a visitar con frenesí todos mis orificios. Y Dios deja hacer.

Así fue como poco a poco todo volvió a su cauce. Las potencias

occidentales siguieron saqueando el país con la complicidad generosamente remunerada de los militares y de los islamistas. La estabilidad es buena para mi negocio y para el de todos los emprendedores. Los ricos se volvieron todavía más ricos. Los pobres, todavía más pobres. Los tiranos, todavía más tiranos. Los escépticos, todavía más escépticos. ¿Y los poetas?

25

Todo podría haber continuado así. Habría envejecido lentamente. El número de mis clientes se habría ido reduciendo con la edad, pero habría conservado algunos fieles, pasados de moda ellos también, que me habrían asegurado una modesta jubilación. Selma habría terminado sus estudios y se habría transformado en una abogada, una periodista política o una médica reputada. Poco a poco habría puesto mi alma en las manos de Dios. Tratando de purificarla con plegarias cada vez más numerosas y reiteradas.

Por su parte, mi país sin duda alguna iba a vivir un nuevo período de prosperidad… para los más ricos. El poder le dejaría a la oposición expresarse mínimamente. Para calmar a los revoltosos de los derechos humanos y a la vez para que la sociedad tenga la confusa sensación de que un asomo de vida democrática existía aquí. Como una bocanada de oxígeno que nos concedemos cada tanto. Como un espejismo.

Pero no es la postura espontánea de los nuevos conversos al islamismo.

Una noche, algunos de los nuevos amigos barbudos y *djellaba* que Amín frecuenta desde hace un tiempo se burlaron de él al evocar un rumor. Amín se tragó su orgullo y no reaccionó. Pero al despertar, sumergido en un torrente de vergüenza irreprimible, le nació una vocación de enderezador de errores. Lo que sigue es menos divertido. Es dramático.

Desde hace semanas Eslimán cruzó la línea roja. Nunca desaprovecha una ocasión para burlarse del nuevo poder, de sus decisiones ineptas y de la corrupción creciente de los barbudos. “Un cambio real no puede venir sino de la base. Todo lo que hemos logrado obtener gracias a nuestra revolución, es dar vuelta nuestra sociedad trescientos sesenta grados. Y nos encontramos en el mismo punto que ayer.” Sus análisis y sus ocurrencias chocan cada vez más con las altas esferas. El apoyo popular del que gozaba se marchitó rápidamente sin llegar a desaparecer. Temo por él, por su vida. ¿Y si el poder hubiera contemplado eliminarlo? Trató de corromperlo sin éxito y lo deja seguir teniendo su clientela, pero la idea de eliminarlo a manos de un grupúsculo apoyado a escondidas por el nuevo régimen

parece ganar consenso en el Ministerio del Interior.

Osmán encontró en Amín un aliado selecto. Este último convenció a un grupo de jóvenes adeptos de pasar a la acción. En nombre de la sacrosanta religión musulmana. Y su odio a la homosexualidad. Cada uno está convencido de actuar en nombre de Dios, para Dios, con la ayuda de Dios, en el sendero de Dios. Toda sacralización es una blasfemia. La sacralización de la violencia es la peor de todas.

Antes de ayer, alguien deslizó una carta bajo mi puerta. Al abrirla entendí que se trataba de un amigo de Eslimán. Probablemente Anuar. Reconocí la escritura de mi poeta:

> *Mi Nur, mi estrella dormida. Mi última intervención en la radio me valió amenazas terribles. Pero no te preocupes por mí, estoy seguro, en casa de amigos. Estos iracundos piensan que nos van a hacer callar. Pero nuestra hora ha llegado. La hora de ser, de amar, de tener esperanzas. De salpicar con nuestros sueños una realidad que nos han impuesto, una realidad que nos han negado, a ti, a mí, a todos los pequeños, al pueblo olvidado. No dejaremos que los locos de Dios sostengan que nuestra última hora ha sonado. No, para nosotros solo es el comienzo. El despertar después de un largo sueño. Esta tranquilidad del cielo que tanto hemos esperado no se la vamos a entregar, no. Me niego a eso. Y si no lo crees, entonces creeré por los dos. Para vivir, mi Nur, tal como somos. Sin prohibiciones. Conocemos la extensión de su hipocresía, recibimos, tú y yo, en nuestros brazos, entre nuestras piernas, todas sus mentiras. Pero nosotros nos negamos a someternos a esas mentiras, a vivir en la vergüenza, escondidos. Hemos luchado por la libertad y no vamos a rendirnos. Necesito verte, saber que crees en mi lucha, que es también la tuya. Eres mi lazo más fuerte con lo Verdadero, ya que contigo nunca me oculté. Y espero serlo también para ti, una parte de lo Verdadero. Ven a verme en dos días en un lugar que Anuar te indicará, retomemos esa costumbre de encontrarnos para esos momentos en los que renacemos de estas cenizas que nos rodean. Necesito esos momentos. Necesidad de verte.*
>
> *Te amo. Eslimán*

Dentro de dos días… Extraño a mi poeta. Estoy preocupada por él. El tiempo se me va a hacer largo.

Ocupo el día que me separa de nuestro encuentro como puedo. Con febrilidad. La excitación me impide quedarme dormida. Me tiro frente a la tele. Las imágenes de una transmisión en directo atraen de inmediato mi atención. Con antorchas encendidas, caminando a toda velocidad, se ve a un grupo de un centenar de barbudos escandir eslóganes hostiles hacia los homosexuales. A la cabeza, Osmán y

Amín. Reconozco esas calles. Son las que llevan al Chicago Blues, que los islamistas todavía no tuvieron tiempo de hacer cerrar.

Los ocupantes levantaron una barricada y se mantienen adentro. Un cordón policial se interpone entre los barbudos y el Chicago Blues. En el techo de la discoteca, acaba de aparecer Eslimán. Divisa a los atacantes que están más abajo.

—Señores, ¿o debería decir… hermanos míos? Abro el debate. Viejo como el mundo, en verdad. Pero siempre en boga. Un poco como la idea de Dios. ¿Por fin le van a reconocer la libertad de existir al pueblo de las sombras, ese pequeño pueblo al que pertenezco? Con orgullo. Con amor. Con sufrimiento también. ¿La revolución —nuestra revolución— nos habrá permitido, a nosotros los hombres que amamos a los hombres, vivir finalmente, sin tener el sentimiento de que somos malos, de que somos impíos, de que estamos condenados? Yo quiero vivir libre. Ya no quiero vivir angustiado. Por delatarme ante una mirada turbada, un gesto fuera de lugar, una palabra equivocada. Ya no quiero estar obligado a ser hipócrita. ¿No es cierto, Amín? ¿Te acuerdas? Ahora tienes vergüenza. ¿Quieres inmolarnos para limpiar tu alma? Sigue ocultándote si quieres. Yo no me ocultaré más. No ocultaré más quién soy. La revolución me trajo a la luz. Pero tuve que ocultar mi preferencia por los hombres. Destruir todos esos muros que nos encierran en la ilusión de un honor salvaguardado. Desde entonces le hago frente a ese pobre Amín, que ha venido esta noche a verme morir. Tal vez él mismo ponga fin a mis días. Después de lo que hemos compartido. Te gustó posar tu boca sobre mi sexo. Fuiste feliz conmigo, Amín.

Eslimán acaba de firmar su sentencia de muerte. Amín no lo perdonará nunca. Las transmisiones televisadas en vivo dejan nuestras vidas expuestas. Eslimán vuelve a retomar su alegato:

—Ustedes, policías, no se quedan atrás. Estos chicos, cuyo único crimen es tener hambre, son siempre las presas fáciles. Ustedes creen que la autoridad que les han otorgado legitima todos los abusos. En cuanto a mí… mi familia habría podido ser mi santuario. Pero, familias, las quiero y las odio. Nos han dado, a nosotros sus hijos, el amor sin nunca nombrarlo. Como si la ternura fuera una debilidad, una deficiencia, una vileza. Nos enseñaron a callar nuestros sentimientos, a contener nuestras risas, a sonrojarnos por nuestras lágrimas, a controlarnos, a reprimirnos, a domar nuestro entusiasmo, a entrar en caja. ¿Cómo amar, cómo vivir entre ustedes? ¿Cómo existir en un mundo de prohibiciones? ¿Cómo transformarnos en lo que somos cuando nos obligan a transformarnos en lo que odiamos? A ustedes, todo lo que vive les impide respirar. ¡Incluso el arrebato de una jovencita los sofoca! ¡Mi hermana, hablo de mi querida hermana, a la que casaron tan joven! ¡Ustedes le robaron su vida! Y él violó sus

sueños. ¡Y ustedes se sienten orgullosos! No ven el vacío en sus ojos, solo quieren admirar su devoto fular. También por ella lucho hoy. Por ella y por todas sus hermanas heridas cuya vida ha sido usurpada. Mi querida hermana lleva el fular desde ese entonces, pero ella me ha infundido su energía perdida, me la ha confiado como una antorcha. Aunque deba arder con ella. Prefiero esas llamas a la hoguera que ustedes me ofrecen. La religión habría podido ser nuestro refugio, el de todos. Pero hicieron de nuestra espiritualidad un catecismo castrador, mortífero, que se repite como una lección demasiado bien aprendida. Y hoy su máscara más atroz esparce su aliento. La intolerancia, la violencia, la misoginia toman el rostro del islam. Devoran a nuestros hijos.

A Eslimán le empieza a resultar difícil encontrar sus palabras. Sin embargo, encuentra la fuerza suficiente para retomar una postura altanera.

—Yo, hoy, de pie en este caos, les digo sin vergüenza: me gustan los hombres. Porque son una luz que da sentido a mi vida. Me gusta sentir su piel contra la mía. Me gusta sentir su sexo endurecerse bajo mi lengua. Me gusta su ternura. Esa ternura de la que ustedes carecen. Esa ternura pone fin a todos los odios. Resucita en mí a cada instante la benevolencia de Alá. Islamistas, a ustedes no les gusta la mezcla de géneros. Sin embargo, les digo, ustedes están en mis plegarias. Invoco a Alá para que los guíe. El que borra nuestras faltas, nos devuelve a la vida y hace de nosotros seres de luz. Esa misma luz que exhalan las prostitutas. En sus oscuros escondites, zarandeadas de brazo en brazo, de pierna en pierna, preservan los secretos de nuestra humanidad. Preparan nuestro futuro. Porque en ellas la luz de Alá no muere. Islamistas, a ustedes no les gusta la mezcla de géneros.

Se elevan gritos de odio entre la muchedumbre de barbudos que se impacienta, con antorchas y navajas en mano. El periodista del canal anuncia que en diferentes barrios de la ciudad se están formando grupos pro y anti Eslimán que convergen en el Chicago Blues. Eslimán termina su última contienda de honor:

—Soy homosexual, ¿pero saben quién es la persona que más quiero en el mundo? ¿La que me hizo creer más que cualquiera en el amor puro, el que nos da alas y nos impulsa a realizarnos más allá de nuestros límites? ¿La que tiene miedo por mí, pero acepta tener miedo para que yo pueda vivir lo que debo vivir? Y bien, es una puta. Una mujer que vende su cuerpo. Y yo la amo. Es una puta y es la más noble y la más bella de las mujeres. Está mucho más cerca de Alá que todos ustedes juntos. No lo entenderán nunca.

Las últimas frases de Eslimán terminaron por helarme la sangre. Miro dormir a Selma. Le doy un beso. Se mueve despacito. Cierro delicadamente la puerta de su cuarto. Me pongo un abrigo y salgo.

Paro un taxi.

Diez minutos más tarde, estoy a unos cien metros del Chicago Blues. Está en llamas. Alrededor se apretuja un gentío importante. De ahí crece una mezcla de clamores, arranques de voces, gritos y gemidos. En los alrededores del bar que se consume, la gente se pelea. Los policías están en retirada y se contentan con observar la escena.

Grito el nombre de Eslimán. Atravieso la multitud con dificultad. El humo me ahoga. Corro. Giro los cuerpos para verles la cara. El aire se vuelve cada vez más irrespirable. Veo perros ensañados… No logro distinguir lo que los excita, pero reconozco a Amín y a Osmán. Se ríen a carcajadas, como demonios, con la boca completamente abierta. Hay barbudos gritando alrededor de un cuerpo en el suelo:

—¡Vas a freírte en el infierno, sucio homosexual!

Mi respiración se acelera. La sangre golpea mis sienes. El tiempo se detiene. Eslimán yace en el suelo. En un charco de sangre. Le reventaron los ojos. Le arrancaron la lengua. Solo es vísceras que se esparcen por la vereda, que esos perros famélicos se disputan. Los ahuyento a piedrazos, con los pies, con lágrimas.

Osmán me ve. Su expresión cambia de golpe. No sé a quién ve en mí en este instante. ¿A la puta o a la musulmana? Su rostro se apacigua. Esboza una sonrisa incierta. Él también podría haber sido otra cosa. Alguien bueno. Amín grita:

—¡Es la puta del bloguero!

Me empujan unas sombras blandiendo el Corán. Me agarran de los hombros. Me empujan hacia Osmán. Parece dudar. Prefieren las injurias cuyo sentido no entiendo. Los “*¡Alau akbar!*”, “puta” y “zorra” puntúan la misa negra. Vociferan alrededor de Osmán. Lo exhortan. Ya no tiene el látigo sino un cuchillo de carnicero. Amín lo sacude:

—¡Vamos, Osmán! ¡Es la puta del bloguero!

Osmán cierra los ojos. Los vuelve a abrir. Seré su cordero del Aid. El hijo de Abraham en femenino. Sacrificada en el altar para expiar sus pecados, los de Amín y los de tantos otros. Me tira violentamente del pelo. Le ofrezco mi garganta.

—Alá, acepto mi destino. Me presento humildemente ante ti.

Un fuerte dolor hace temblar todo mi cuerpo. Un líquido rojizo se desliza por mi rostro. Busco el aire. Mi asesino es un cliente. Caigo pesadamente sobre Eslimán. Tengo la fuerza para tomar su mano. Para cerrar los ojos e imaginar a mi hija. Agradezco a Dios por habérmela dado. ¡Qué puta vida!

Rachid Benzine nació en 1971 en Kenitra, Marruecos y desde niño vive en Francia.

Es politólogo, novelista y dramaturgo.

Ha trabajado como profesor en diversas universidades e instituciones como el Instituto de Estudios Políticos de Aix en Provence, la Universidad Católica de Lovaina y la Facultad Protestante de Teología de París. También fue galardonado con el Premio de Literatura 2018 de la Conférence catholique des baptisé-e-s francophones, junto a Delphine Horilleur, por su libro *Des mille et une façons d'être juif ou musulman*. Es autor de las novelas *Nour, pourquoi n'ai-je rien vu venir*? (2016); *Así hablaba mi madre* (Edhasa, 2022) y *Voyage au bout de l'enfance* (2022), que será publicada próximamente en esta colección.



NOTAS

[1] Traducción del árabe de Luz Gómez García, Madrid, Cátedra, 2002.

[2] En el original francés dice “*pantoufles de vair*”, haciendo mención al juego de homofonías que propone la versión del cuento *La Cenicienta* de Charles Perrault. La palabra “*vair*” suena igual que cristal, pero hace referencia a la piel gris y peluda de un animal llamado petigrís, un tipo de ardilla. Se juega así con el doble sentido de unas zapatillas de cristal o de unas pantuflas de piel o simplemente peludas [N. de la T.]